La Oración,

EL HALITO VITAL DEL CREYENTE

L. A. T. VAN DOOREN

El autor, conocido predicador y enseñador de las Sagradas Escrituras, que desarrolla un intenso ministerio en varios continentes, nos habla directamente sobre un problema ineludible en nuestro caminar espiritual: la oración. Desde los tiempos apostólicos la Iglesia se ha tenido que enfrentar con la paradoja de la falta de oración individual y congregacional.

La Oración, el hálito vital del creyente

por L. A. T. Van Dooren

Traducido del inglés por:
Carlos Buffard y Joaquín Casado

EDITORIAL LATIMER
CARNFORTH, INGLATERRA

Literatura para las Iglesias Evangélicas de España

Talleres Gráficos A. Estrada - Rabassa, 11, Barcelona

INTRODUCCIÓN

"La oración es un familiar coloquio y plática que el alma fiel tiene con su Dios, en la cual le muestra todas sus necesidades, para que no solamente las oiga, como Señor, mas aún como Padre las provea; y cree que su majestad divina así lo hará, y así lo hace. La oración es una elevación del alma a Dios. La oración es una escala, por la cual el alma sube de este valle de lágrimas, desde este profundo de miserias, y penetra todos los cielos, y no para hasta presentarse delante de Dios, y proponerle todas sus necesidades, creyendo que como buen Padre las ha de proveer".

Así escribía sobre la oración, en el siglo XVI, *Cipriano de Valera, el traductor de nuestra Biblia castellana.*

Hablar de la oración es tema grato al cristiano. Y grato había de ser, por lo tanto, el encargo que se me hizo de escribir una breve introducción al libro de L.A.T. Van Dooren.

Ciertamente, la oración es tan vital para el alma cristiana como la respiración para los pulmones. De ahí que, aparentemente, no parece que hubiera de ser necesario el instar a los cristianos a que oraran, como no hay necesidad de aconsejar a la gente que respire. Sin embargo, es una triste realidad el hecho de que hay cristianos que son negligentes en la plegaria. No decimos que hay cristianos que no oren porque esto es inconcebible, pero sí hemos de reconocer, desgraciadamente, la existencia de creyentes cuya vida de comunión con Dios es pobre y, hasta a veces, miserable. Tal estado de pobreza espiritual deja al hijo de

Dios privado de su fuente de bendición y así, paulatinamente sin anhelos de altos vuelos.

Si los pulmones de nuestra alma no son vivificados constantemente por los aires celestiales que sólo la oración trae hasta nosotros y, por el contrario, reciben únicamente las influencias nauseabundas de la atmósfera mundana, pronto seremos presa de una tuberculosis espiritual que nos irá restando fuerzas y acabará por hacer imposible cualquier servicio aceptable en la obra de nuestro Señor.

Sólo la oración, y la meditación de la Palabra de Dios, combinadas, mantienen al creyente en estado de salud. De ahí que todo lo que se haga para promover ambas cosas en el pueblo de Dios sea saludado con plácemes por cuantos nos interesamos en la edificación y progresos de la Iglesia de Cristo. La obra del profesor Van Dooren, de un carácter eminentemente práctico y popular, prestará sin duda un buen servicio a cuantos hermanos la lean, pues recibirán inspiración y estímulo para hacer de su vida devocional, en particular, y de su vida cristiana, en general, algo útil para los usos del Señor.

Sí, hablar, o escribir, acerca de la oración es tema grato el cristiano. Pero, así como el movimiento se demuestra andando, así también el valor de la oración se pone de manifiesto orando. Y a esto es a lo que intenta llevar el libro que el lector tiene en sus manos. Quiera Dios usarlo para que muchos más cristianos vivan vidas de oración más intensas y genuinas y, de esta manera, su influencia sea de bendición en nuestras congregaciones.

JOSÉ GRAU

PREFACIO

¡Un libro acerca de la oración necesita mucha oración! No se debe leer precipitadamente. Tome tiempo para leerlo con oración, y deje que Dios le hable por las Escrituras citadas, pues es de este modo que Él puede conducirle a una vida de verdadera oración, eficaz para Su gloria y para el cumplimiento de Sus propósitos.

L. A. T. V. D.

Escuela Bíblica de Capernwray,
Carnforth, Lancs, Inglaterra.

INDICE

		Pág.
I	INTRODUCCION	5
II	PREFACIO	7
III	INDICE	8
IV	ORACION - HALITO VITAL DEL CREYENTE.	9
V	VERDADERO PROPOSITO DE LA ORACION .	12
VI	LUGAR Y TIEMPO PARA LA ORACION ...	16
VII	ORACION EN CUALQUIER LUGAR Y HORA.	23
VIII	LA ORACION DE ACCION DE GRACIAS	27
IX	LA ORACION VERDADERA Y EFICAZ	30
X	¿CONTESTA DIOS LA ORACION SIEMPRE? ...	38
XI	LA ORACION MODELO DEL SEÑOR	52
XII	LA ORACION ES PRACTICA Y CONSTANCIA	57
XIII	¿SI DIOS LO SABE TODO, POR QUE ORAR? .	63
XIV	¿DEBO ESTAR DE PIE, O DE RODILLAS?	66
XV	LA ORACION NO CONTESTADA	68
XVI	EL SEÑOR NOS ENSEÑA A ORAR EN EL SERVICIO	70
XVII	EL SEÑOR NOS ENSEÑA A ORAR EN CADA SITUACION	74
XVIII	EL SEÑOR NOS ENSEÑA A ORAR COMO SUMO SACERDOTE Y EN LA CRUZ	79
XIX	PABLO COMO HOMBRE DE ORACION	83
XX	LA PROFUNDIDAD Y EL ALCANCE DE LAS ORACIONES DE PABLO	89
XXI	PABLO ENSEÑA A OTROS A ORAR	98

I

La oración - El hálito vital del creyente

¿ES NECESARIO ORAR?

"Es necesario orar siempre"... "orad sin cesar"... "perseverad en la oración".

"Oraré por ti..." "Tenemos que orar sobre el asunto..." "La gran necesidad es orar más".

Las claras afirmaciones de las Escrituras, juntamente con las palabras que con tanta frecuencia pronuncian los cristianos, ponen de manifiesto la necesidad y la importancia de la oración en la vida del creyente.

En cierta ocasión tuvo lugar en una casa una discusión sobre ciertos aspectos de la obra cristiana y la necesidad de orar más por ella. La oración había sido uno de los temas principales de la discusión. El hijo pequeño de la casa había estado presente, escuchando en silencio mientras jugaba con sus juguetes y, después, ya cansado de jugar, mirando su libro de láminas. Cuando las visitas se hubieron marchado, dijo, mirando muy seriamente a su mamá mientras tomaba su leche antes de acostarse: "Mamá, si todo el mundo dice que debemos orar más, ¿por qué no lo hacemos?" Fue una pregunta muy acertada.

Si se te preguntara a ti acerca de la necesidad de la oración, es muy probable que contestarías enfática-

mente: "Sí, todo cristiano debe orar". Si la oración verdadera es tan imprescindible tanto para cada creyente como para la Iglesia de Jesucristo, ¿por qué, pues, hay tan poca oración verdaderamente eficaz? Podríamos responder diciendo que la oración supone un grave peligro para los poderes de las tinieblas espirituales, y esto puede explicar el porqué el adversario emplea toda su estrategia para impedir a los cristianos que oren como deben. Se ha dicho que

"Tiembla el diablo
Al ver arrodillado
Al más débil cristiano."

Si fuera posible aprender a orar por medio de una fórmula fácil o unas reglas sencillas, no cabe duda que muchos seguirían un camino tan cómodo para llegar a una vida de oración eficaz. Es verdad que podemos aprender por la Palabra de Dios y por los ejemplos que en ella encontramos. Estos ejemplos nos revelan la vida de oración de hombres de Dios. A este respecto también pueden sernos útiles los consejos y experiencias de cristianos maduros, pero es importantísimo que todos acepten esta sencilla pero ineludible verdad: *Orando se aprende a orar*. Como en muchos otros aspectos de la vida cristiana, la escuela de la experiencia es el lugar donde se puede aprender a orar y a ejercitar la verdadera oración.

Es un hecho muy significativo que en los Evangelios no se haga constar que el Señor enseñara a sus discípulos a predicar y sí, en cambio que se preocupó de enseñarles cómo debían y cómo no debían orar. La oración fue también la enseñanza principal de algunas de sus parábolas pero, no obstante, en la hora de

suprema necesidad, inmediatamente antes de la entrega del Señor en el huerto de Getsemaní, los hombres que habían oído tanto de los labios del Señor acerca de la necesidad de la oración, se entregaron al sueño, aun cuando unos momentos antes el Señor, no sólo les había dicho: "Orad...", sino que Él mismo se había apartado de ellos "y puesto de rodillas oró a su Padre", pero "cuando se levantó de la oración, y vino a sus discípulos, los halló durmiendo a causa de la tristeza". Durmiendo, ¡tan pronto! "Y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos, y orad para que no entréis en tentación" (Luc. 22:40-46).

Es posible ser instruido y ayudado por la experiencia y los escritos de otros. Ciertamente el Espíritu Santo puede usar la Palabra de Dios para llevarnos a un conocimiento más profundo de todo lo que significa la oración, pero, a fin de cuentas, sólo aprenderemos a orar orando. Y es orando y orando como llegaremos a comprender el significado de la oración verdadera.

Por lo tanto, "Orad sin cesar..." "Perseverad en la oración..." Procuremos que esto sea el hábito de nuestra vida, "es necesario orar siempre, y no desmayar".

II

El verdadero propósito de la oración

Cabe preguntar, ¿por qué deben orar los cristianos? ¿Cuál es el verdadero propósito de la oración?

Una vez se le preguntó a un niño por qué oraba, y su contestación fue breve y concisa. "Oro —dijo— cuando quiero algo y pienso que no puedo lograrlo por otro medio".

¿Oras tú así? ¿Es éste el propósito de tu oración? Según un criterio muy extendido, parece ser que la oración ha sido y sigue siendo tan pobre y raquítica que casi podría confinarse dentro de los límites estrechos de la contestación de este niño. Y no cabe duda que al niño se le puede excusar —por lo menos era sincero—, pero ¿puedes tú, como hijo de Dios, ser culpado de tener un concepto tan mezquino de la oración? Si te vieras forzado a contestar con sinceridad, tal vez tendrías que confesar que éste ha sido tu concepto de la oración hasta ahora, quizá oras solamente cuando necesitas algo que no puedes alcanzar por otro medio, pero ¿es que Dios quiere que la oración sea algo así como un "ábrete sésamo" o, en el mejor de los casos, un recurso que sólo debe emplearse cuando se presenta alguna necesidad especial? ¿Es que el propósito de la oración no es otro que proveer un medio para escapar de lo difícil?

¿Cuál, pues, es el propósito principal de la oración verdadera? Se ha comparado la oración a la ama-

rra de una barquilla de remos. Si uno está en la barquilla y quiere acercarse al muelle, ¿qué tiene que hacer? Tirar de la amarra y ¡poco a poco el gran muelle, hecho de piedra y mortero, empieza a moverse y se acerca a la barquilla! ¿Es así? ¡Claro que no! Lo que sucede al tirar de la amarra es que la barquilla se acerca al muelle. Así debe ser la oración. No es el propósito de la oración procurar que Dios baje a nuestro nivel o que doble Su voluntad para estar en conformidad con nuestros deseos, sino llevarnos a una comunión tan íntima con Él que estemos más y más en conformidad con Su voluntad y propósitos. Dios desea que, por medio de la oración, tengamos un conocimiento progresivo de Su voluntad y lleguemos a esa posición espiritual en que es posible desear ardientemente que sea hecha. La oración verdadera nos conduce frecuentemente al punto donde Él puede usarnos a nosotros mismos para contestar nuestras propias oraciones.

En la última parte del capítulo 9 de San Mateo vemos este principio ilustrado. En el versículo 36 vemos la necesidad: "Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor". Y en los versículos 37 y 38, el Señor manifiesta el medio por el cual esta necesidad puede ser suplida: "Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies". Existe una necesidad tremenda, pues la mies espera ser recogida, pero escasean los obreros. Esta gran falta ha de ser llenada por medio de la oración de los creyentes que ruegan al Señor que envíe, esto es, que empuje irresistiblemente a aquellos que Él ha llamado para cumplir su voluntad. De este modo, el Señor de la mies procura primeramente la cooperación acti-

va, por medio de la oración, de aquellos que más adelante serán enviados. Digámoslo de otra manera: la necesidad es tan grande, que solamente el Señor de la mies puede satisfacerla. La mies que espera ser recogida es abundante y está madura y lista para la siega, pero solamente aquellos que han sido escogidos por Dios pueden ser utilizados en este trabajo. Hay gran necesidad de que salgan a la mies, enviados por el Señor, hombres, mujeres y jóvenes llenos del Espíritu Santo. Pero observamos, al seguir la lectura en el capítulo 10 de San Mateo, que aquellos que han sido llamados por el Señor para cooperar con Él, en primer lugar por medio de la oración, son los mismos que son enviados a la mies, llegando a ser así, en cierto modo, la contestación a su propia oración.

Dios obra a menudo de este modo. Al orar llegamos a comprender más detalladamente lo que es la voluntad del Señor y estas necesidades concretas empiezan a encontrar expresión en nuestras oraciones, llevándonos a gozar de una comunión cada vez más íntima con el Señor, hasta tal punto que el Señor nos puede enviar para que su voluntad sea cumplida por medio de nosotros mismos. De este modo, más de un joven se ha dado cuenta de alguna necesidad especial, y, al ponerla en oración, el Señor le ha movido para ser el medio de suplir esa necesidad. Quizá ha dado de su bolsillo, o contribuido de algún otro modo, al avance de la obra en algún campo misionero lejano. Paso tras paso, Dios ha seguido obrando en su corazón y llevándolo a una comunión cada vez más íntima con Él, hasta que por fin, constreñido por el amor de Cristo, no ha podido menos que exclamar: "Heme aquí, Señor, envíame a mí". Y así ha salido a la mies. ¡La contestación a sus propias oraciones!

Nehemías, en el Antiguo Testamento, es un ejemplo sobresaliente de hombre de oración. En Nehemías capítulo 1 y versículo 4 leemos: "Cuando oí estas palabras me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos". Los versículos que siguen merecen ser estudiados para ver cómo este hombre nos descubre su corazón en su oración. Sigamos la lectura hasta llegar al final del versículo 11 y descubriremos que este hombre que ha llorado, ayunado, orado y confesado el pecado de su pueblo e invocado a Dios para que cumpla sus promesas, ahora se pone a disposición del Señor. Desea estar preparado por si el Señor quisiera usarle a él para cumplir sus propósitos para con su pueblo. La disposición para ser usado y el deseo de serlo encuentran clara expresión en el capítulo siguiente. "Me dijo el rey: ¿Qué cosa pides? Entonces oré al Dios de los cielos y dije al rey: Si le place al rey, y tu siervo ha hallado gracia delante de ti, envíame a Judá, a la ciudad de los sepulcros de mis padres, y la reedificaré" (Neh. 2:4,5). Oré al Dios de los cielos... dije al rey... envíame... y la reedificaré". El hombre de oración llegó a ser hombre de acción para hacer "lo que Dios había puesto en mi corazón que hiciese en Jerusalén" (Neh. 2:12).

La verdadera oración no consiste en un sencillo "¡dame!". La oración es una actitud de vida, es la comunión con el Señor y Salvador, un ejercicio espiritual, y es tan importante para la vida cristiana como el respirar para la vida física.

"La oración es el hálito vital del cristiano,
La oración es su ambiente nativo".

III

Escogiendo el lugar y el tiempo para la oración

Todos reconocemos la gran necesidad de más y más oración, sin embargo, hemos de confesar que, con excesiva frecuencia, nos parece casi ineficaz, y, si no es olvidada y omitida del todo, le dedicamos muy poco tiempo.

Algunos dicen: "De verdad tenía la intención de orar, pero el día ha pasado tan de prisa que no tuve ni oportunidad para hacerlo". Así pasan los días, y las semanas, y los meses y, desgraciadamente, aun siguen y siguen hasta llegar a ser años. ¡Años sin oración! Otros dicen: "Es que cuando intento orar encuentro que mi mente se distrae con multitud de deberes apremiantes y aún con las cosas que he olvidado o dejado de hacer". Y aun hay otros que alegan: "Mi mayor dificultad es que mi mente muy pronto se distrae con multitud de pensamientos, y al final de la oración me encuentro con una sensación de fracaso más que de ayuda".

¿Cómo podemos afrontar estas dificultades? Leamos Mateo 6:6. "Mas tú, cuando oras, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público". ¿Qué es lo que encontramos aquí? Cuando ores, entra en tu aposento. Entra en una habitación a solas y ¡cierra la puerta! Sencillamente quiere decir que tengamos un lugar donde podamos estar a

solas con Dios, donde en un sentido real podamos cerrar la puerta a las otras demandas y deberes de esta vida y estar con quietud en el lugar secreto con nuestro Padre celestial.

Ahora miremos en Marcos 1:35. "Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba". El Señor Jesús se levantó muy temprano para salir a un lugar solitario, a un lugar donde tenía la seguridad de poder estar a solas con su Padre, y allí oraba. Estos dos versículos deben ser subrayados en nuestras Biblias. Hay mucho que podemos aprender en ellos, pero el punto que queremos destacar ahora es que el Señor Jesús, tanto por precepto como por ejemplo, enseñó que debe haber un LUGAR y también un TIEMPO para la oración. Si descuidamos obedecer esta enseñanza, y no seguimos el ejemplo del Señor, con mucha frecuencia nos encontraremos agobiados por las dificultades expuestas al principio de este capítulo, es decir, la distracción de nuestra mente en pensamientos ajenos, lo que nos arrastrará a la omisión completa de la oración y, por ende, a una vida sin comunión personal con Dios.

Pensemos en uno de los personajes del Antiguo Testamento, Daniel, un hombre que inflexiblemente siguió fiel a su Dios. Lo hizo en circunstancias que no eran propicias a una vida piadosa ni a un testimonio abierto, pero lo hizo, llegando a ser un hombre de verdadera sabiduría espiritual; un hombre cuya vida se caracterizaba por la verdadera santidad. Juntamente con Noé y Job fue señalado por Dios como un hombre de justicia (Ezeq. 14:20). Leamos en Daniel, capítulo 6, y encontraremos que era también un hombre de oración. Él tenía un LUGAR y un TIEMPO para la oración. "...y abiertas las ventanas de su cámara que daban ha-

cia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes" (Dan. 6: 10). ¿Era éste el secreto de su justicia? ¿Era éste el secreto de su testimonio valiente y fiel y de su verdadero discernimiento espiritual? En el libro de Daniel hay otras referencias a su vida de oración, y fue a causa de su oración que vino a él la voz del cielo, que dijo: "Daniel, varón muy amado... Muy amado, no temas; la paz sea contigo; esfuérzate y aliéntate". Daniel era un hombre que tenía un lugar y un tiempo para la oración. ¿Los tienes tú?

¿Por qué enseñó e hizo Jesús lo que hemos leído en los pasajes de Mateo y Marcos? Al leer los versículos anteriores en Mateo 6, descubrimos que el llamamiento a la oración en secreto va precedido de estas palabras: "Y cuando oras, no seas como los hipócritas..." El Señor se refería a cierta clase de fariseos que amaban el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, donde podían ser vistos por los hombres. Esto les haría destacar, pensaban, como hombres de sobresaliente piedad. ¡Todo el mundo sabría que oraban! Ellos oraban precisamente para ser vistos de los hombres. Notemos también que el Señor dice que *eso* —es decir, el ser vistos de los hombres—constituia su recompensa, y la única recompensa que recibirían por esa clase de oración. ¿Qué significa ser hipócrita? El significado de esta palabra equivale al de comediante, palabra, ésta, con la que designamos a la persona que aparenta lo que no siente o hace ostentación de algo que no forma parte de su vida real. El Señor conocía el corazón humano a fondo. Él conoce perfectamente el mío y el tuyo. Sabe muy bien que es fácil ceder al deseo de querer ser visto de los hombres, o al de ser tenido en estima por aquellos con quienes nos relacio-

namos, aun cuando sabemos perfectamente que no somos todo lo que aparentamos ser. Pero estar en un lugar aparte, a solas con Dios, es ser desnudados de todo fingimiento —estamos en la presencia de nuestro Padre celestial—. La opinión de los demás, aquí, no puede ser motivo de tentación, ni hay ocasión alguna de alardear.

Enfrentémonos con este problema con toda sinceridad. Seamos honrados, sinceros y modestos en nuestras oraciones. Es preciso encontrar un lugar que equivalga a una habitación con la puerta cerrada. Para algunos será posible utilizar una habitación cualquiera de su hogar, pero otros tendrán que pensar en buscar otro sitio. Tengamos en cuenta que cuando Jesús quería estar a solas con su Padre tenía un aposento propio. Con frecuencia pasaría la noche en el campo, algunas veces en una cueva en el monte de los olivos, otras veces al raso, pero siempre acompañado por sus discípulos. Por lo tanto, se levantaría siendo aún oscuro para ir al lugar secreto donde podía estar a solas con su Padre celestial.

En el capítulo primero de Marcos encontramos un énfasis adicional sobre el TIEMPO. Jamás hubo un hombre tan ocupado como el Señor Jesús lo estuvo en su ministerio público. Dos veces se hace constar en este mismo evangelio que no tenía tiempo ni para comer. En los centros de población siempre estaba atosigado por la multitud necesitada. Otros venían de noche para entrevistarse con Él sin testigos. Con frecuencia, durante el día, hacía largos y fatigosos viajes a pie. El Señor fue un hombre incesantemente activo pero, como hombre de oración, no obstante el natural cansancio de sus agobiantes jornadas, se levantaba de madrugada.

Tan necesario como el lugar es el tiempo, que ha de ser celosamente guardado para que el hábito de la oración se forme desde el comienzo de la experiencia cristiana. Veamos Colosenses 4:2. "Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias". Con qué fuerza se expresa aquí la necesidad de perseverar en la oración, de formar y mantener el hábito de la oración, de ser constantes e incansables en la oración. El hábito de la oración se forma y mantiene mejor cuando establecemos un tiempo durante el cual, con estricta regularidad, acudimos a nuestra cita con Dios. No es cosa fácil formar un hábito, especialmente cuando se trata de la oración, pues hemos de tener muy en cuenta que hay un adversario que hará todo lo posible para interrumpir el horario. No obstante, al acudir cuidadosamente y puntualmente a esta cita con el Señor, descubriremos que el hábito así formado llegará a ser una fuente inagotable de deleite; no nos resultará tedioso de ningún modo, sino que será la parte del día que esperamos y anticipamos continuamente con gozo.

No cabe duda que el tiempo más propicio es al principio del día. No son muchos los que pueden dejar los deberes legítimos y apremiantes del día para dedicar tiempo a la oración. Pero en la mañana, al levantarnos, es conveniente, además de deseable, que conversemos con el Señor.

Escojamos el lugar. Observemos el tiempo. Aguardemos la cita con Dios. Observando cuidadosamente estos dos requisitos, lugar y tiempo, la oración llegará a formar una parte regular e importante de la vida del creyente. Las otras actividades no la limitarán ni estorbarán, pues tiene asegurados tiempo y lugar. Además, se habrá dado un paso absolutamente decisivo en

cuanto a vencer la dificultad que entraña la distracción de la mente. Hemos de estar a solas con Dios, pero no sólo en un sentido físico sino también psíquico, esforzándonos para excluir todos aquellos asuntos o pensamientos que pudieran impedir desmedidamente el tiempo de la oración. Por el hecho de venir diariamente al lugar de la oración y dedicarle un tiempo determinado, podremos disciplinar nuestra mente y voluntad de tal manera que ya, sin esfuerzo, nos sea factible concentrarlas en la oración. Así, sin que nada nos moleste o distraiga desde el exterior, y vencida nuestra tendencia a divagar, podremos controlar y ordenar los pensamientos. Además, como hijos de Dios, el Espíritu del Señor mora en nosotros, y hemos de permitir que Él dirija nuestros pensamientos, guiándonos en la oración. Volveremos a tratar más adelante este aspecto del ministerio del Espíritu Santo. Si el tiempo que dedicamos a la oración es al levantarnos por la mañana, renovados mental y corporalmente por el descanso de la noche, estaremos mejor capacitados para entrar en conversación con el Señor. Estaremos alerta. Esta idea se ve en el versículo ya mencionado de Colosenses (4:2), donde el apóstol no sólo pone énfasis sobre el hábito de la oración sino que, además, expresa claramente la necesidad de estar alerta, incansables, orando con diligencia, con la mente despierta y sensible a la dirección del Espíritu Santo. Es únicamente de este modo que seremos libertados de la "vana repetición" a que se refiere el Señor en Mateo 6:7. "Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos". ¿Qué quería decir el Señor con estas palabras: "vanas repeticiones"? Indudablemente incluyen esas expresiones pomposas pero vagas que, si gratas al

oído, tienen, en cambio, muy poco significado. Algunas personas tienen la rara cualidad de hablar mucho pero decir muy poco. ¡Que no sea ésta la característica de nuestro tiempo de oración! Ciertamente no será así si empezamos a disciplinarnos en nuestro acercamiento a Dios. Tengamos en cuenta que estamos a solas con Él, por consiguiente, como no hay ninguna necesidad de tratar de impresionar a oyentes humanos, podemos dejar toda palabrería vana e inútil, acercándonos al Señor con toda sinceridad y reverencia. En lo secreto de la presencia del Altísimo descubriremos —como lo descubrieron los siervos de Dios de antaño— que también nosotros podemos hablar con el Señor cara a cara. Es una oportunidad de poder hablar con franqueza y verdad con Alguien que conoce perfectamente las soluciones de todos los problemas, con Uno que puede hacer que abunde en nosotros toda gracia, para que en todas las cosas, durante el día, abundemos para toda buena obra. Así, la vida de Cristo se reflejará en nosotros por haber estado en el LUGAR y haber guardado el TIEMPO y el propósito de la oración.

IV

Oración en cualquier lugar y cualquier hora

¡Un lugar y un tiempo para la oración! "Pues yo pensaba que se podía orar en cualquiera lugar y tiempo", dirá tal vez alguien. "Si —contesta otro—, ya que si guardamos un lugar y un tiempo especiales, la oración puede llegar a ser algo tan rutinario como la adoración de los paganos".

Al afirmar categóricamente que la oración se puede hacer en cualquier lugar y tiempo, no contradecimos lo que hemos dicho en el capítulo anterior. Allí tratamos de la formación del hábito de la oración. Los hábitos suelen manifestarse aún en las situaciones más inesperadas y cuando están bien arraigados se manifestan de la forma más natural y espontánea. ¡Es un hábito!, y los hábitos siempre se revelan en los hechos.

Al formar el hábito de la oración nos situamos en condiciones de conseguir que ésta sea en nuestra experiencia una actitud de vida, lo que determinará que, de la forma más espontánea y natural, busquemos al Señor en oración en cualquier circunstancia. Esto lo vemos claramente en la vida del mismo Señor, como, por ejemplo, en Juan 11:41, donde el Señor alza sus ojos y también su corazón en una oración de acción de gracias ante la tumba de Lázaro. De igual modo, al enfrentarse con la multitud hambrienta, levantó su corazón en oración a su Padre. Esta era la actitud de su

vida, y se manifiesta en aquellas situaciones tan críticas y difíciles. Los hábitos formados a través de los años determinan nuestra reacción ante emergencias inesperadas.

Un ejemplo estupendo de esto, en el Antiguo Testamento, lo constituye el caso de Nehemías. En primer lugar debemos hacer constar que Nehemías era un hombre muy activo. El obrero cristiano puede aprender mucho del libro de Nehemías. Teniendo en cuenta su gran actividad, es digno de notar que también era un hombre sobresaliente en oración. Cuando tuvo conocimiento de la gran necesidad del pueblo de Dios y de la situación calamitosa de Jerusalén, volvió a Dios en oración...: "Cuando oí estas palabras me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos" (Neh. 1:4). Todo este capítulo encierra lecciones preciosas acerca de la oración. Pasando al capítulo dos encontramos a Nehemías en una situación muy delicada y crítica, pero notemos que su reacción espontánea, casi instintiva, a la pregunta del rey Artajerjes es orar a Dios: "Me dijo el rey: ¿Qué cosa pides? Entonces oré al Dios de los cielos" (Neh. 2:4).

Siendo Nehemías hombre de oración, llegó a ser también hombre de fe y de acción, un hombre que estaba dispuesto a ponerse completamente a la disposición de Dios. Pero volvamos al tema principal de este capítulo, del cual nos hemos desviado un poco. En el capítulo cuatro, Nehemías tiene que afrontar la hostilidad de Sanbalat y Tobías, quienes escarnecen y ridiculizan la obra de reedificación del muro de la ciudad, y de nuevo Nehemías ora al Señor, diciendo: "Oye, oh Dios nuestro, que somos objeto de su menosprecio..." (Neh. 4:4).

La oposición sigue en aumento, pues ahora conspiran con Sanbalat y Tobías los árabes, los amonitas y los de Asdod para atacar Jerusalén. Y en aquel momento crítico Nehemías vuelve instintivamente a la oración: "Entonces oramos a nuestro Dios, y por causa de ellos pusimos guarda contra ellos de día y de noche" (Nehemías 4:9).

Más adelante, Nehemías tiene que enfrentarse con serias dificultades a causa de la miseria de muchos de los judíos que habitan en Jerusalén, y otra vez recurre a su Dios mediante esta breve oración: "Acuérdate de mí para bien, Dios mío, y de todo lo que hice por este pueblo" (Neh. 5:19). Nuevamente surge la oposición (cap. 6), y nuevamente vuelve su corazón a su Dios, suplicando: "...ahora, pues, oh Dios, fortalece tú mis manos" (Neh. 6: 9). En cada emergencia o situación crítica, Nehemías revela el hábito de su vida. Es un hombre de oración. En semejantes circunstancias, otros, desesperados, se hubieran dejado ganar por el pánico y hubieran dejado la obra, o aun dimitido. Pero no así Nehemías, pues él sabía de una fuente inagotable de fuerzas, de un refugio para la tempestad; conocía a Dios y se comunicaba incesantemente con Él.

¿Es así contigo? o ¿te has dejado robar el privilegio de una comunión incesante con el Señor por tu falta de propósito, de tiempo y de lugar para la oración? Vas a seguir permitiendo que esta falta te siga robando esa suficiencia infalible que Cristo pone a tu alcance?

Volvamos a las Escrituras, en las que encontramos estas palabras: "Orad sin cesar" (I Tes. 5:17). Es natural que quieras cumplir este mandato si en ti se ha formado el hábito de la oración. Siendo así, ciertamente desearás orar sin cesar, y jamás dejarás de hacerlo,

de la misma manera que jamás, mientras vives, dejas de respirar. No es necesario que alguien te diga que respires, ¡claro que no!, porque la respiracióu es instintiva y natural, pero ¿es esto verdad en cuanto a tu vida de oración? Desde el lugar secreto de la oración sales por la mañana para enfrentarte con el día, que tendrá sus dificultades, sus pruebas y sus muchas demandas en cuanto a tu tiempo y tus fuerzas, pero si estás en contacto con Dios, tienes la vida de Cristo, puedes contar con su gran suficiencia, la dulzura de su presencia permanecerá contigo y, por medio de la oración, revelarás tu dependencia de Él. Él es tu vida y, por lo tanto, orar debe ser para ti tan natural como respirar.

V

La oración de acción de gracias

Al leer este libro, espero que busques en tu Biblia los textos a que hacemos referencia, pues estoy seguro que te será una ayuda si así lo haces. ¿Te has fijado en el versículo que sigue al último que hemos citado de I Tes., cap. 5?, dice: "Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús" (v. 18).

¿Notaste también que los dos incidentes en la vida del Señor a que hemos hecho referencia nos los presentan dando gracias al Padre ante unas necesidades tremendas? El Señor oraba sin cesar y en todo daba gracias a Dios. Él sabía que su Padre tenía la solución para cada situación. Como su vida estaba completamente entregada al Padre, y cumplía siempre su voluntad, estaba seguro que Dios le respondería, por lo que oraba a su Padre dando gracias cualesquiera que fuesen las circunstancias. Nos dice el versículo citado que es la voluntad de Dios para cada uno de nosotros que estamos en Cristo Jesús, que demos gracias en todo. No importa cuán difícil o dolorosa sea, dad gracias a Dios en cada situación. No importa cualesquiera que sean las circunstancias externas, si andas en comunión con el Señor y estás haciendo su voluntad, aunque no sabes cual será la contestación, sí sabes que Dios tiene la respuesta adecuada, y así, por fe, puedes dar gracias. Puedes dar gracias aún en situaciones muy difíciles,

pues si así lo haces, Dios no sólo bendice y desarrolla tu propia experiencia cristiana y te conduce a la madurez espiritual sino que, por medio de estas situaciones, podrás ser mejor preparado para ser usado por Él en días venideros. ¡Dad gracias en todo! Esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús para cada uno de sus hijos.

Si cumples este mandamiento serás librado de pensar que la oración es solamente un medio de pedir cosas. No cabe duda que orando con acción de gracias al Señor llegarás a conocer el gozo mismo del Señor, y descubrirás que se cumple espontáneamente en ti el versículo que precede, que dice: "Estad siempre gozosos" (I Tes. 5:16). La oración continua y la oración de gracias suelen ir juntas. El cristiano que ora y que da gracias es también el cristiano gozoso.

Mira ahora en Fil. 4:6, donde una vez más se enfatiza la necesidad de la oración con acción de gracias. "Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda petición y ruego, con acción de gracias".

Pero tal vez arguyes: es que mis necesidades son muchas, muy variadas y constantes. ¡Esto es bueno! No tengas ninguna ansiedad acerca de tus necesidades. Dios es poderoso para hacer que abunde en ti toda gracia. Dios puede suplir con liberalidad todas tus necesidades. Lo que Pablo escribió a los cristianos en Filipos ("Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús" Filipenses 4:19) sigue siendo verdad. Dios te llama a ejercitar la fe en Él elevando tu corazón en oración con acción de gracias en todas las circunstancias y en cada situación, haciendo que sean conocidas tus peticiones

delante de Él. Ora con acción de gracias y podrás regocijarte con un regocijo continuo.

Fil. 4:6; Col. 4:2; 1 Tes. 5:16-18.

Sí, estos versículos deben ser subrayados en tu Biblia, debiendo llegar a ser parte de tu misma experiencia cristiana.

VI

La oración verdadera y eficaz

Ahora hemos de considerar la eficacia de la oración. Si se te preguntara acerca de la eficacia de la oración, tal vez responderías que es siempre eficaz. Sin embargo, en lo íntimo de muchos corazones hay alguna duda acerca de la eficacia de la oración debido a que en algunas ocasiones no ha sido eficaz o, por lo menos, no lo ha sido plenamente. Antes de seguir adelante, busquemos unos versículos en el evangelio de San Juan. Primeramente en el capítulo 14, los versículos 12 al 14: "De cierto, de cierto os digo: el que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré".

No creo sea necesario recordar a mis lectores que el Señor pronunció estas palabras cuando hablaba a sus discípulos acerca de la venida del Espíritu Santo, quien una vez venido tomó posesión del corazón de cada creyente verdadero. Y es por su presencia en el corazón que el creyente puede ser útil en las manos del Señor para cumplir sus propósitos ahora. Pero fijémonos de un modo especial en los versos 13 y 14, teniendo en cuenta que lo que en ellos nos afirma Cristo puede ser una realidad sublime y gozosa incorporada a nuestra experiencia a causa de la presencia del Espí-

ritu Santo en nuestro corazón. Él nos trae la misma vida de Cristo, por lo que podemos decir: "...porque él —el Cristo— vive, nosotros vivimos también" (Juan 14:19). Además, es el Espíritu Santo, morando en nosotros, quien hace verdaderas las palabras del versículo 20: "En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros". Y lo mismo podemos afirmar respecto del versículo 23 de este mismo capítulo, que dice: "Respondió Jesús, y díjoles: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos con él morada".

Con el nuevo nacimiento, el Espíritu Santo nos trae la misma vida de Cristo, por lo que desde este momento en adelante estamos en Cristo, y Cristo está en nosotros; su vida ha llegado a ser nuestra vida y empezamos a descubrir la realidad de esta verdadera unión, y la oración del Señor por sus discípulos (Juan 17) llega a ser cumplida en nuestra experiencia:

> "Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también sean ellos uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y les has amado a ellos como también a mí me has amado" (Juan 17:21-23).

Y ahora volvemos de nuevo a las dos afirmaciones que el Señor hizo: "Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré... Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré". "Todo lo que pidiereis..., lo haré". ¿Podemos, entonces, pedir cualquier cosa? Sí,

pero teniendo en cuenta que hay aquí una frase —"en mi nombre"— que delimita nuestras peticiones. Habiendo considerado las escrituras que hacen referencia a la venida del Espíritu Santo y a las implicaciones de su morada en el creyente, podemos empezar a comprender algo del significado de aquella frase. ¿Significa solamente añadir al final de cada oración una frase tal como "en el nombre de Cristo Jesús. Amén"? De ningún modo, es algo mucho más maravilloso. Se relaciona con la vida del creyente, con esa nueva vida que le ha sido traída por el Espíritu de Dios y que no es otra cosa que la misma vida de Cristo. Es importante que entiendas bien este argumento. El Señor introdujo esta verdad con las palabras "de cierto, de cierto os digo", como si quisiera poner un énfasis especial sobre esta enseñanza.

¿Qué implica, pues, orar en el nombre de Cristo? Orar en su nombre no es otra cosa que permitir que el Señor mismo se exprese por medio de ti. Es el creyente quien presenta la súplica pero, por otro lado, la súplica viene de Cristo a través del creyente. Es Cristo pensando a través del creyente, es la mente de Cristo que llega a ser la mente del creyente, es el cumplimiento de su voluntad a través de tu voluntad.

Vuelve a leer aquel conocido versículo de Gálatas (2:20), y considera que el principio que en él se expone tiene que cumplirse en cada departamento de tu ser, si es que realmente vive Cristo en ti.

Tú pides lo que quieres, pero en verdad no es tu voluntad, sino la voluntad de Cristo que se manifiesta a través de tu voluntad.

> "Con Cristo estoy, juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe

del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí".

Podemos cambiar las palabras de este versículo, para interpretarlo con relación al tema de la oración, del siguiente modo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado; no obstante vivo, y por medio de la oración pido lo que quiero; mas en verdad no soy yo quien pide y ora, sino que es Cristo, que vive en mí, quien pide y ora a través de mí; y la oración que ahora ofrezco en la carne, la ofrezco en la fe del Hijo de Dios, el cual vive en mí y ora por medio de mí".

Como hemos visto, es en Juan 14 donde el Señor enseña a sus discípulos acerca de la venida del Espíritu Santo y de lo que implica esa venida para el creyente. Siguiendo la lectura en el capítulo 15 vemos que el Señor emplea una ilustración sencilla, pero maravillosa, para seguir instruyéndolos acerca de la unión que debe existir entre el Señor mismo y los creyentes. Compara al Padre con un labrador, a sí mismo, con la vid, y a los creyentes, con los pámpanos. Y nos hace ver que uno de los resultados maravillosos de permanecer en Él es el de una vida de oración en la que conocemos el gozo de ver contestadas nuestras súplicas.

> "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidierais al Padre en mi nombre, Él os lo dé" (Juan 15:7, 8, 16).

Aquí vemos otra vez las tremendas posibilidades de la oración. "Pedid todo lo que queráis... todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, él os lo dé". Al permanecer en Cristo, la vida del Señor se expresa a través de ti. Su voluntad llega a ser tu voluntad; tu voluntad se rinde a la voluntad del Señor. Esto forma parte de la manifestación práctica de la vida de Cristo en ti, del mismo modo que la vida de la vid se manifiesta en los pámpanos. Cada función que el pámpano realiza es una manifestación práctica de la vida de la vid, por consiguiente, es natural que el pámpano lleve el fruto de la vid, es decir, hermosos racimos de uvas. ¡Sería antinatural si no fuese así! Vamos a utilizar una ilustración extrema y quizá algo absurda, porque, a veces, la misma ridiculez de la ilustración enfatiza lo que queremos decir.

Imagínate por un momento que cierto pámpano pudiera expresarse con voz humana y entablara la siguiente conversación con la vid: "Yo quiero llevar higos", y la vid responde: "No, es mi naturaleza que lleves uvas". Pero insiste el pámpano: "Yo quiero llevar higos, dame higos, yo quiero llevar higos". Y otra vez la vid contesta: "Pero no es mi naturaleza llevar higos, por lo tanto es necesario que lleves uvas, mucho fruto en forma de hermosas uvas". Pero el pámpano todavía insiste: "Son higos lo que quiero llevar, higos o nada. Higos, higos, HIGOS". ¿Qué sucedería si tal caso pudiese darse realmente? Sería frustrada la vida de la vid en tal pámpano, no pulsaría libremente por él y por fin, el pámpano, que tanto insistía en llevar higos, empezaría a secarse, y sería cortado por mal pámpano. Este "pámpano" es semejante a algunos cristianos.

Relacionemos esta ilustración con el creyente no

maduro y que no reflexiona sobre el verdadero significado de la oración. "Ah —diría—, aquí está la promesa: Todo lo que pida, cualquier cosa que pida, Dios la hará". Si es un joven, tal vez pediría un coche, si es una chica pediría... pues ¡las cosas que desean las chicas! Otra persona podría desear y pedir "tener bastante dinero para no verse obligado a trabajar más". Y aun otro podría desear y pedir "poseer una casa nueva", y así sucesivamente podríamos multiplicar las peticiones. Cosas, cosas, cosas, COSAS. Si oras de esta forma —y quizá algunos lo hayan hecho de forma más o menos parecida—, ¿ha sido efectiva tu oración? ¿Ha sido cumplida la promesa? Si has orado de esta forma, aun cuando no quisieras admitirlo, si eres sincero tienes que contestar con un NO rotundo. Entonces, ¿no quiere esto decir que la promesa ha fallado? Para poder contestar esta pregunta es forzoso que hagamos previamente otras: ¿Ha sido ésta una oración verdadera, una oración en el Nombre? ¿No ha sido solamente una parodia, un concepto torcido de lo que es la verdadera oración... una expresión más de la vida egoísta?

Imaginemos ahora otro pámpano de la misma vid que, al recibir la vida de ella, dice: "Sólo quiero experimentar tu vida fluyendo por mí, produciendo maravillosas uvas; estoy dispuesto para que tomes completa posesión de mí; mi voluntad y mi deseo es que expreses tu vida por medio de mí". En este caso, la vida de la vid fluiría libre y ampliamente por el pámpano y aparecería el fruto, y fruto en abundancia.

Cuando esto sea verdad en ti como cristiano, Dios es glorificado y llegas a ser un verdadero discípulo del Señor Jesús. La voluntad de la vid ha llegado a ser

la voluntad del pámpano. La voluntad de la vid se expresa por la actividad del pámpano.

Ahora traslademos esto a la esfera de la oración. Al morar en Cristo y tomar de su vida y de su suficiencia en todas las cosas, tu deleite es hacer su voluntad, porque la voluntad de Cristo ha llegado a ser tu voluntad. Amas las cosas que Él ama, y deseas ver cumplidas las cosas que Él quiere que sean cumplidas. Una nueva eficacia y potencia se manifiesta en tu oración, porque oras según su voluntad; oras en su Nombre, y obtienes lo que en tu petición demandas de Él. Os será hecho dice el Señor, porque de esta manera el Padre es glorificado en el Hijo.

> "En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido" (Juan 16:23,24).
>
> "Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho" (I Juan 5:14,15).

También se expresa claramente esta verdad en Romanos 8:26,27.

> "Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque con-

forme a la voluntad de Dios intercede por los santos."

Este es el secreto de la oración verdaderamente eficaz: Dejar que el Espíritu Santo interprete la mente de Cristo guiándote en oración, haciendo así conocidas tus peticiones delante de Dios. De aquí en adelante tienes un motivo más para la acción de gracias, pues oras según su voluntad; tus deseos son los deseos de Él, porque sus deseos han llegado a ser tus deseos. Es la plenitud de la vida de Cristo manifestada en ti; ésta es la vida de la vid que fluye libremente y encuentra expresión en el pámpano. Esta debe ser tu vida: escondido con Cristo en Dios.

VII

¿Contesta Dios la oración siempre?

¿Siempre escucha y contesta Dios la oración? Si hacemos la pregunta de esta forma tan sencilla, la mayoría de las personas nos contestarían afirmativamente, diciendo: "Claro está que escucha y contesta la oración". Pero si insistimos en nuestra pregunta poniendo un énfasis especial sobre la palabra "siempre", ¿qué entonces? ¿Siempre?

No cabe duda que la inmensa mayoría de los cristianos están convencidos de que ofenden a Dios si no contestan afirmativamente la pregunta que nos ocupa, aunque hay muchos que, si no vacilan en contestarla afirmativamente en público, en el fondo de su corazón, no obstante, se sienten torturados por la duda debido a que su mente está embargada por este pensamiento: "Yo sé de algunos casos en que no ha habido una contestación".

Ya hemos dicho en un capítulo anterior que uno de los propósitos principales de la oración es llevarnos a una comunión más estrecha con nuestro Señor. También hemos dicho que si verdaderamente estamos en Cristo, será la misma vida de nuestro Señor que se expresará a través de nosotros. Esto gobernará nuestra mente y corazón y nos ayudará y guiará a pedir según su voluntad. Hemos considerado asimismo la escritura en Romanos 8:26,27, versículos que sin duda desearás

volver a leer, y ahora fijaremos de nuevo nuestra atención en la escritura siguiente:

> "Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho" (I Juan, 5:14,15).

Por estas escrituras y por la enseñanza general de la Palabra de Dios sabemos que cuanto más cerca del Señor andamos, tanto más en concordancia con su voluntad serán hechas nuestras oraciones, y tanta mayor confianza y seguridad tendremos acerca de las peticiones que hayamos hecho. Así pues, podremos presentar nuestra oración con acción de gracias anticipadas, pues sabemos que será oída y contestada. Sin embargo, será bueno considerar las diferentes formas en que Dios puede contestar la petición que le ofrecemos.

Fijémonos en primer lugar en las CONTESTACIONES DIRECTAS, que no presentan ninguna dificultad. Se presenta una petición, y el hijo de Dios ve con gozo que la contestación viene pronto. El corazón se llena de gozo y acción de gracias al amante Padre celestial.

Parece ser que estas contestaciones directas llenan muy frecuentemente la experiencia del recién convertido y del niño, y es sin duda que Dios quiere animarles y fortalecerles en la fe de este modo. En las biografías de ciertos siervos de Dios que han sido grandemente usados se puede constatar el hecho de que en los primeros días de su experiencia cristiana encontraron que las contestaciones venían con más facilidad que en años posteriores. Esto tiene su explicación, que expondremos más adelante. Sin embargo, la contestación directa

a la oración debe ser la porción de cada verdadero hijo de Dios a través de toda su vida.

En las Escrituras tenemos ejemplos de contestaciones directas. Véase Hechos 4:23-31, donde leemos que recibieron la contestación cuando aun estaban congregados. No es de extrañar, pues, que los apóstoles salieron y "con gran poder daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos". En II Reyes 6:17 tenemos la contestación, igualmente inmediata, a la oración de Eliseo.

> "Y oró Eliseo, y dijo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró, y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo."

En el versículo siguiente hay otra oración con su respuesta instantánea:

> "Y luego que los sirios descendieron a él, oró Eliseo a Jehová, y dijo: Te ruego que hieras con ceguera esta gente. Y los hirió con ceguera, conforme a la petición de Eliseo."

Ahora consideraremos el caso de un muchacho que durante sus vacaciones de Navidad estuvo fuera de casa, viviendo en una especie de campamento para chicos de su edad. Allí asistió a reuniones especiales en las que se le presentó el Evangelio de tal modo que recibió al Señor Jesucristo en su corazón. Volvió a su casa lleno de gozo por el tiempo tan feliz que había pasado y, sobre todo, por el gran descubrimiento de la salvación. Y por ello tenía grandes deseos de volver a otro campamento similar en las vacaciones de semana santa, y tan pronto como llegó a su casa, y después de haber contado todo lo que le había sucedido, pidió permiso a su padre para ir de nuevo en las

próximas vacaciones. No parecía el momento más oportuno para hacer la petición, pero, a pesar de todos sus temores, tuvo la inmensa satisfacción de ver que su padre le concedió el apetitoso permiso. Al contar el incidente un poco después, dijo el muchacho: "Oré al Señor, y oyó y contestó mi oración, pues de otra manera creo sinceramente que mi padre no hubiera dicho que sí".

Es muy frecuente que el Señor conteste nuestras oraciones de un modo diferente de lo que nosotros esperábamos. UNA CONTESTACION DIFERENTE DE LA QUE SE ESPERABA. La mayoría de los cristianos que han conocido al Señor durante algún tiempo pueden mirar atrás con gozo por la forma en que Dios ha contestado sus oraciones, pues aunque la contestación fue en muchas ocasiones diferente de la que esperaban, fue también mucho más abundante de lo que pidieron o desearon. Dios ha rebasado sus esperanzas. Por ejemplo, leemos que Pablo invitó a los cristianos de Roma a orar pidiendo que él pudiese llegar hasta ellos con un próspero viaje (Rom. 1:10 y 15:28-33). Dios oyó ciertamente la oración del Apóstol y le llevó a Roma, como vemos en Hechos 28:16 y siguientes. Fue un viaje difícil, lleno de dificultades y peligros, sin embargo Dios intervino de forma evidente utilizando cada uno de los acontecimientos para su gloria. Pablo tuvo oportunidad de testificar ante muchas personas, especialmente de alta posición. La oración fue contestada, pero no exactamente como Pablo o los creyentes de Roma esperaban al principio. Fue una contestación diferente de la que esperaban.

En la conversión de San Agustín tenemos lo que pudiéramos llamar el ejemplo clásico. Cuando era joven, Agustín llevaba una vida disoluta y extraviada.

Su piadosa madre, Mónica, oraba constantemente por él, y cuando supo que iba a Italia, pensó que este viaje contribuiría a empeorar su condición, y se entregó a la oración aún más intensamente —llegó a pasar toda una noche orando—, pidiendo a Dios que interviniera para impedir la salida de su hijo. No obstante, Agustín embarcó y llegó a Italia, y fue en este país donde se encontró con San Ambrosio, que fue el instrumento que Dios utilizó para llevarle a la experiencia de la conversión. San Agustín mismo comenta acertadamente sobre la oración de su madre cuando dice: "Dios no contestó su oración pero cumplió el deseo de su corazón".

Consideremos otro caso. Una vez un joven, que iba a predicar en cierta iglesia, al llegar a la parada de autobuses vió, consternado, que el único autobús que podía llevarle a su destino a tiempo ya salía de la parada. Sabía que llegaba tarde a la parada, pero había orado a Dios pidiendo que detuviera el autobús de algún modo para que él pudiera tomarlo. ¿Puede Dios detener un autobús, haciéndolo llegar un poco más tarde a la parada? Ciertamente que sí, pero no lo hizo. Al empezar a andar rápidamente por la calle, iba haciendo señas a los coches particulares, y casi en seguida paró uno que le llevó muy cerca de su destino; adelantando en el camino al autobús que había perdido, y ¡no le cobró nada! Pero lo más importante fue que tuvo oportunidad de hablar con el conductor del coche acerca de su salvación, conversación que luego tuvo un resultado feliz. La contestación a su oración fue diferente de lo que esperaba. Este es otro ejemplo de contestación diferente en que Dios superaba las esperanzas del suplicante.

Otra clase de contestaciones a la oración son las

CONTESTACIONES DEMORADAS. Muchísimos cristianos han pasado por la experiencia de orar por cierto asunto durante mucho tiempo, hasta años enteros, sin ver la contestación. A este respecto nos anima en gran manera leer el capítulo 10 de Daniel. Daniel, el hombre de oración, es elogiado dos veces por el Señor en este capítulo —en el vers. 11: "Daniel, varón muy amado", y en el 19: "Muy amado, no temas"—. No obstante, en el versículo dos él mismo nos declara haber estado afligido durante tres semanas, y seguramente estuvo durante todo este tiempo confesando los pecados de su pueblo e implorando a Dios que cumpliese sus promesas, de igual forma que lo había hecho en el capítulo anterior. No tuvo, no obstante, ninguna seguridad o paz en cuanto a la contestación a sus oraciones hasta que, en una visión, un varón le dice que sus oraciones han sido oídas.

> "Entonces me dijo: Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido."

En el versículo siguiente se nos dice que hubo oposición de parte del príncipe del reino de Persia. Por regla general, esto se interpreta como una referencia a uno de los principados o potestades del reino de maldad, y nos hace pensar en una lucha espiritual sostenida en lugares celestiales y, aunque de todos modos es un incidente muy difícil de entender, lo hemos citado por el interés que tiene respecto del tema que nos ocupa. Desde luego, hemos de tener siempre en cuenta que el Señor, a quien hacemos nuestras peticiones, es el Vencedor sobre todas las cosas.

Sin embargo, parece ser que Dios demora a veces

la contestación con un propósito determinado, para que sus hijos sean robustecidos por la experiencia y crezcan en la fe. Por ejemplo, no siempre es bueno conceder en seguida a un niño todo lo que pide, pues ello le haría caer en una falta de apreciación muy nociva respecto del verdadero sentido de los valores. El apóstol Santiago nos dice en su epístola (4:3) algo muy pertinente a este respecto: "Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites". De la enseñanza de este versículo se desprende bien claramente que es preciso que el cristiano huya de todo motivo oculto o inconfesable en sus peticiones y cuya contestación desea para su propio engrandecimiento o placer, y no para la gloria de Dios. Volvamos a pensar en nuestra ilustración del capítulo II, cuando comparamos la oración a la amarra de una barquilla, teniendo en cuenta que el propósito de la oración es llevarnos a una comunión más íntima con Dios a fin de que nos sea posible conformarnos más y más con su santa voluntad. La demora, pues, puede ser necesaria a veces para que esta relación con Dios sea más profunda, y una contestación inmediata podría perjudicar en vez de ayudar al que ora. Otras veces, la demora es necesaria para cultivar la perseverancia y el hábito de la oración.

En el primer libro de Samuel, capítulo 1, leemos acerca de Ana, esposa de Elcana, quien deseaba con todo su corazón tener un hijo. Sin duda oraba con mucha frecuencia a fin de verse libre de la afrenta de su esterilidad, pero es posible que si le hubiese sido concedido su deseo en seguida, el niño hubiera sido muy mimado, el favorito de la casa y, por ello, excesivamente consentido, y Dios tenía propósitos muy distintos. Dios deseaba un niño que, por su condición y

educación, fuese, cuando mayor, un verdadero hombre de Dios, apto para ser sacerdote, profeta y caudillo del pueblo de Israel. Con el transcurso del tiempo, Ana llegó a adoptar una actitud de completa sumisión a la voluntad divina, y aun cuando el deseo de ser madre era en ella tan fuerte como antes, ahora estaba dispuesta a ponerlo todo, incluso el hijo que deseaba, a los pies del Señor.

> "E hizo voto, diciendo: Jehová de los ejércitos si te dignares mirar la aflicción de tu sierva, y te acordares de mí, y no te olvidares de tu sierva, sino que dieras a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabeza" (I Samuel 1:11).

A su debido tiempo nació el niño, y su madre lo dedicó al Señor. Así pues, por la demora en contestar su oración, Dios le llevó al punto donde su voluntad fuese cumplida.

Ana dijo:

> "Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. Yo, pues, lo dedico también a Jehová: todos los días que viva será de Jehová" (I Samuel 1:27,28).

Más tarde llegó a ser un verdadero hombre de Dios, sacerdote, profeta y caudillo del pueblo de Israel, en una palabra, el hombre que Dios quiso que fuera.

En S. Mateo 15 se refiere un incidente que resulta sumamente instructivo respecto de las contestaciones demoradas. En el versículo 21 se nos dice que Jesús "se fue a la región de Tiro y de Sidón". Pocas veces traspuso Jesús la frontera de Palestina. Lee para ti mismo toda la porción, desde el verso 21 al 28. Nota la oración apasionada de la mujer cananea y la acti-

tud del Señor, al principio, puesta de manifiesto en las palabras "no le respondió palabra..." Entonces los discípulos le rogaron, diciendo: "Despídela, pues da voces tras nosotros", y les contestó, diciendo: "No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel". ¿Supone esta respuesta que Jesús permanecía totalmente indiferente ante el dolor de aquella mujer y la triste situación de su hija? ¿Es que no quería escuchar su llanto? ¿Es éste un caso de dureza de corazón, escudado tras un legalismo tan estricto que no le permite acceder a la petición de una persona extraña a la casa de Israel? Siguiendo la lectura vemos que aún cuando esta mujer cananea se acercó y adoró al Señor, diciendo: "¡Señor, socórreme!", la contestación del Señor fue realmente desalentadora. Él habló utilizando el lenguaje figurado tan común en oriente y que la mujer pudo entender perfectamente. Pero no obstante, ella, con agudeza mental, aumentada sin duda por su gran necesidad y la urgencia del momento presente, contestó acertadamente, insistiendo en su petición. El versículo 28 nos da la contestación del Señor a la última demanda de la mujer, pero ¿por qué no le contestó así antes? Ciertamente no se puede alegar que tal vez fuera debido a que no conocía su necesidad. Parece ser que Él había ido a la región de Tiro y Sidón precisamente para encontrarse con esta mujer angustiada, ¿por qué, pues, no satisfizo su necesidad en seguida? Esta mujer, indudablemente, tenía fe; sin embargo, el Señor no accedió a sus deseos inmediatamente porque quería que la fe de ella fuese grande, y al demorar la bendición que le pedía, la fe fue fortalecida y la confianza en el Señor, aumentada. A juzgar por nuestra experiencia, podemos afirmar que la mujer fue

llena de un gozo y deleite mayores que si el Señor le hubiese contestado en seguida.

Imaginemos el siguiente caso: Un muchacho de unos 12 años, cuyos amigos, todos, tienen bicicleta, empieza a pedir a sus padres que le compren una. Durante todo el verano, día tras día, repite su petición con machacona insistencia, pero sus padres le dicen que es todavía demasiado joven, que puede resultar muy peligrosa para él, que cuesta demasiado y, en fin, que tiene otros juguetes. Y así pasa el verano, el otoño y llega el invierno y, por fin, el día de los reyes. En la casa hay una habitación trasera que siempre se mantiene cerrada, pero ese día los padres dan al muchacho la llave, ordenándole, bajo cualquier pretexto, que abra la puerta. Y al abrirla, ¡qué sorpresa tan estupenda! Allí hay una bicicleta nueva. El muchacho, que no puede contener su alegría, abrazando a sus padres, les dice: Sois muy buenos conmigo. ¿Ha perdido algo el muchacho a causa de la espera? Pensamos, por el contrario, que su gozo es mucho mayor que hubiese sido si sus padres le hubiesen comprado la bicicleta cuando la pidió la primera vez. ¿Ha menguado por esto el amor que el muchacho profesaba a sus padres? De ninguna manera, si cabe les ama y respeta aún más.

Ahora hemos de considerar otra clase de contestación, LA NEGATIVA. Hay veces cuando Dios sabe que conviene decir "no", y hemos de tener en cuenta que también es una contestación la negativa, pero ¿por qué contesta Dios negativamente? Repetimos, una vez más, que esto sirve para desarrollar la fe de sus hijos y no es meramente una negación caprichosa. Hay cuatro posibles razones que nos ayudan a entender por qué contesta Dios con un "no".

En primer lugar, es posible que Dios tenga prepara-

do para el futuro del suplicante algo muchísimo mejor que lo que él desea y pide ahora y, por consiguiente, esto no es necesario visto lo que Él tiene preparado para más adelante.

En segundo lugar, Dios puede contestar con un "no" porque sabe que sería contraproducente acceder a la petición. Tal petición, si fuera contestada afirmativamente, arruinaría el carácter del cristiano. Por ejemplo, si un niño pequeño ve un afilado cuchillo en la mesa y extiende su mano para cogerlo, ¿dejan los padres que el niño lo tome? No ciertamente, sino que procuran en seguida ponerlo fuera de su alcance, pues de otra manera podría ocasionarse un daño tal vez irreparable. El niño no entiende los motivos que sus padres tienen para obrar así, y se enfada, grita y llora, pero no por ello cambian los padres de parecer, y continúan manteniendo el cuchillo fuera del alcance del niño.

Pensad por un momento en un joven crisitiano que sinceramente desea servir al Señor. Dicho joven pide al Señor que lo utilice en su ministerio, y el Señor contesta "no" porque sabe que el ceder a su insistente demanda causaría perjuicios en su carácter crisitano. Ejemplo: Hubo un joven que pidió al Señor que Spurgeon le dejase predicar desde el púlpito del Tabernáculo Metropolitano. Acceder a su deseo sin tener en cuenta que no estaba capacitado para hacer lo que pedía, hubiera sido tanto como abrir las puertas de su corazón al orgullo y la jactancia. Cuando Dios le dijo "no", lo pidió directamente a Spurgeon, pero éste tampoco accedió a su demanda.

En tercer lugar, Dios puede contestar negativamente porque la oración se basa en un conocimiento imperfecto de la voluntad de Dios, lo que se debe siem-

pre a falta de madurez espiritual o de conocimiento de la Palabra de Dios.

Finalmente, es posible que Dios conteste "no" porque el que hace la petición no permanece en Cristo, y este estado de corazón del creyente y su relación con el Señor determinan que Dios, en su infinita sabiduría, tenga que decir "no". Cuando el pueblo de Israel, en la antigüedad, no vivía en comunión con el Señor, aun cuando el poder de Dios continuaba siendo infinito, sin embargo, fue impedido de obrar todo lo que Él quería a favor de su pueblo.

> "He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír" (Isa. 59:1,2).

La oración ofrecida por motivos falsos o egoístas, con en el deseo de vanagloria, o que busca intereses ajenos a la gloria de Dios, forzosamente recibirá una contestación negativa.

> "Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites" (Sant. 4:3).

Pensando en las ocasiones cuando Dios ve la conveniencia de negar la petición que se le hace, vienen a nuestra mente dos ejemplos sobresalientes en el Nuevo Testamento. En la primera parte del capítulo cinco de S. Lucas se nos habla de la pesca milagrosa, y se nos dice que Simón Pedro, sobrecogido de temor reverente a causa del poder manifestado por Cristo, cayó a sus pies, diciendo: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador". Años después Simón Pedro agradecería profundamente a Cristo que no hubiese contestado aquel ruego. El Señor permaneció fiel aún cuando

el apóstol Pedro no le siguió siempre con la fidelidad debida. El Señor había venido para salvarle y, en vez de apartarse de él, quería morar en su corazón para siempre.

Otra experiencia preciosa a este respecto es la del apóstol Pablo. Leemos (II Cor. 12) que este gran hombre de Dios rogó tres veces que fuese quitado de él lo que llamaba "el aguijón en su carne". ¿Lo libró Dios de aquel mensajero de Satanás? Dios le dio un "NO" por contestación. Siguiendo la lectura en el capítulo mencionado encontramos estas palabras (ver. 9): "Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo". ¿Lamentó Pablo la triple negativa a su oración? No ciertamente, sino que fue para él motivo de gozo y alabanza que Dios contestase de esta forma. "Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (ver. 10).

Se ha dicho del piadoso obispo Taylor Smith que cuando llevó la primera alma al Señor, siendo joven, se retiró a un lugar solitario y oró, diciendo: "Ahora, Señor, despide a tu siervo en paz", pero Dios no contestó aquella oración porque tenía otros propósitos para su amado siervo. En cambio, otra oración de Taylor Smith fue contestada maravillosamente en su propia experiencia, hela aquí: "Señor, si es posible, manifiesta lo Divino en el humano". Aquellos que conocieron al obispo Taylor Smith cuentan de una manifestación verdadera de Cristo que fue revelada en la misma vida y carácter del obispo.

A este punto hay un hermoso incidente en la niñez

de Amy Carmichael, renombrada misionera en la India. La historia nos cuenta que Amy se dió cuenta, cuando tenía unos tres años, que las niñas con ojos azules eran más admiradas, y ella tenía dos ojitos negros. Una noche, antes de acostarse, preguntó a su mamá: "¿Oye y contesta Jesús todas las oraciones?" Y la madre contestó: "Pues claro que sí, querida". Y oída esta respuesta, con la inocente decisión de una niña de tres años, dijo: "Voy a pedir a Jesús que me de dos ojitos azules", y puesta de rodillas, y con el candor propio de sus cortos años, pidió a Dios que le diese dos ojos azules antes de venir la mañana. Y se acostó muy contenta (¿no había dicho su mamá que Jesús siempre escucha y contesta la oración?). Por la mañana se acordó de su petición de la noche anterior y, saltando de la cama, corrió al espejo y ¿qué fue lo que vio, dos ojitos azules? ¡Oh, no! Y con sus dos ojitos negros llenos de lágrimas fue para encontrar consuelo en su mamá. ¿Por qué Dios no había contestado su oración? Pero sí, le había contestado "no". Muchos años después, Amy Carmichael se dio cuenta de la sabiduría de Dios al darle ojos negros, porque vestida como una indígena podía pasar inavertida por los templos paganos de la India para rescatar a las niñitas que se vendían para una vida de impurezas.

Un "no" es una contestación tanto como un "si".

VIII

La oración modelo del Señor

"Señor, enséñanos a orar."

Esta fue la petición de los discípulos cuando vieron al Señor orando en cierto lugar. "Señor, enséñanos a orar". Es más importante orar que aprender cómo hacerlo y luego no hacerlo. ¡Ora y aprenderás a orar! ¡Es orando que aprendemos a orar!

El Señor respondió a la petición de sus discípulos dándoles una oración modelo. Solemos llamarla la oración dominical (es decir, del Señor) y así es, ya que fue Él quien la compuso con el propósito de enseñar a sus discípulos. Sin embargo, es más apropiado guardar este título para la oración ofrecida por el Señor a su Padre, y que encontramos en el capítulo 17 de S. Juan.

La oración dominical es más bien un modelo o patrón para nuestras oraciones. También podemos llamarla la oración familiar, pues sólo pueden usarla los que han llegado a ser miembros de la familia de Dios mediante la aceptación de Cristo y el nuevo nacimiento.

En Lucas capítulo 11 el Señor expone, inmediatamente después de la oración dominical, una parábola que relaciona la oración con una situación práctica de la vida. Aunque es imposible poner demasiado énfasis sobre el hecho de que al orar entramos en una comunión cada vez más íntima con Dios, sin embargo hemos de tener en cuenta, además, que Dios siempre

tiene un propósito en su comunión con nosotros, y es que le seamos más útiles en las situaciones prácticas de la vida. Así pues, la verdadera oración siempre tiene por resultado una vida que glorifica a Dios en las situaciones ordinarias de cada día.

Todas las oraciones que encontramos en las Sagradas Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, nos sirven de ayuda para nuestras oraciones, pero pensemos ahora de un modo especial en esta oración modelo pronunciada por el Señor cuando enseñaba a sus discípulos a orar. En primer lugar, hemos de advertir que no hay ninguna regla fija en cuanto a la forma que han de tomar nuestras oraciones, y es posible hacer oraciones perfectas en su forma, pero que carecen de sentido; lo importante es el intento del corazón, pues es esto lo que Dios mira y no la forma de expresión. Sin embargo, es conveniente que nos acerquemos a nuestro Padre celestial usando de una forma digna y propia, y parece ser que éste era el propósito que el Señor tenía al enseñar esta oración a sus discípulos. Las palabras son tan conocidas que es muy fácil que, al repetirlas, nos olvidemos de su significado, pronunciándolas de un modo mecánico (como un loro), y en tal caso ni constituyen una oración ni significan nada. El Señor dijo: "Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos". Esto pone de manifiesto la relación que existe entre Dios y el que ora: una relación íntima, pero al mismo tiempo reverente. Es la relación del hijo con su Padre, pero del Padre que está en los cielos y, por consiguiente, expresa también la actitud del adorador que reconoce que Aquel a quien se deleita en llamar Padre es al mismo tiempo su Dios. Hermoso es recordar las palabras que el Señor Jesús, una vez resucitado, dirigió a María Magdalena: "No

me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios". Acércate, pues, a Dios con la intimidad y confianza de un hijo que habla con su Padre, pero también con la reverencia del adorador que se acerca a su Dios.

"Santificado sea tu nombre." Con estas palabras reconocemos la soberanía y supremacía absolutas de Dios, porque el nombre representa el carácter de su Persona e implica todo lo que Él es: Soberano, Santo y Único. No hay ninguno semejante a Él, porque es incomparable; el único Dios, y no hay otro. Estas palabras revelan un verdadero espíritu de adoración, que reconoce que el Señor es Dios y que nada menos que el homenaje rendido de corazón es digno de Él.

"Venga tu reino". Este ruego implica que el que lo hace desea el advenimiento del reino, pero también la venida del Rey, y se relaciona estrechamente con el servicio cristiano, pues el que ora por la venida del reino y del Rey también se prepara para Su venida presentándose para cumplir sus mandatos, y de este modo apresura Su venida.

"Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra." No es posible hacer esta oración sinceramente sin sentir el llamamiento a dejar que su voluntad sea hecha en la propia vida y corazón. ¿Estás dispuesto a obedecer al Señor implícitamente y a someter tu voluntad a la suya? Si estas palabras forman tu oración sincera no podrás desobedecer. Así, pues, esta súplica nos habla de la disposición del creyente a obedecer los mandatos del Señor.

"El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy." El que ora así reconoce su necesidad y manifiesta su dependencia de Dios el Padre, no sólo en cuanto al pan ma-

terial que satisface las necesidades físicas del cuerpo sino también en cuanto al alimento espiritual capaz de sustentar al hijo de Dios en la vida cristiana. Además, el pan que se pide es el pan de cada día, lo que significa que estás dispuesto a confiar en Dios en todo lo que respecta a la satisfacción de tus necesidades cotidianas e implica, además, una dependencia constante de Dios.

"Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben". Sin duda, esta petición nos habla de la manifestación de la vida de Cristo en nuestra vida diaria, porque de igual manera que el creyente ha alcanzado misericordia, así es menester que la tenga de los demás y que manifieste un espíritu perdonador. "Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo" (Ef. 4:30-32). De esta manera Dios se manifiesta a otros a través de sus hijos. Al hacer esta petición, el creyente incurre en la obligación de andar en la luz y manifestar a Cristo al mundo.

"No nos metas en tentación, mas líbranos del mal". Esto habla de la entrega de tu vida al Señor para que Él dirija tus pasos durante el día; así confías en su dirección y buscas su liberación.

"Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén." Esta doxología se encuentra en Mat. 6:13 y proclama de nuevo, con alabanza y gratitud, la soberanía, supremacía y triunfo de Dios. Dios es tu Padre y, como miembro de la familia, par-

ticipas también en su triunfo. Toda potestad está en sus manos y por lo tanto puedes confiar plenamente

Hemos considerado las palabras de esta oración muy brevemente, pero aun así se deduce claramente que declaran y enfatizan nuestra relación con Dios; nos llevan a la verdadera adoración y a la presentación de nuestros cuerpos para servirle con obediencia plena y gozosa; manifiestan nuestra dependencia de Dios y el deseo de que la vida de Cristo se manifieste a través de nosotros; nos conducen a una entrega diaria de nuestras vidas en las manos de Dios, y terminan con una doxología que alaba el gran poder del Dios Todopoderoso y manifiesta la confianza en ese poder.

Encontrarás ayuda en tu propio acercamiento a Dios por medio de la oración si tienes en cuenta esta oración modelo. Sus palabras no tendrán sentido si las repites de una manera mecánica, pero si las pronuncias con la reverente y confiada convicción de que en contestación a ellas Dios puede llenar tu vida, encontrarás que su significado es más que suficiente para satisfacer tu corazón y tu mente.

"¡Señor, enséñanos a orar!"

IX

La oración es práctica y debe ser constante

La oración es práctica, es decir, debe estar relacionada con todos y cada uno de los acontecimientos diarios de esta vida. Tenemos una hermosa ilustración de esta verdad en la parábola del Señor que sigue a la oración dominical en Lucas 11.

> "Les dijo también: ¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante; y aquel, respondiendo desde dentro, le dice: No me molestes; la puerta está ya cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelo. Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite" (Lucas 11:5-8).

Aun cuando a ninguno de los primeros oyentes de esta parábola les hubiera ocurrido un caso más o menos parecido, lo que no es muy probable, resultaría, no obstante, muy comprensible para ellos, de igual manera que lo es para nosotros hoy. No hace mucho, un amigo que viajaba por el Medio Oriente me contó que llegó muy tarde a una fonda y, después de llamar repetidamente para despertar al fondista, éste le ha-

bló desde una ventana del piso alto en términos casi idénticos a los que el Señor utiliza en la parábola. Dijo que no eran horas para molestarle estando ya cerrada la puerta, y él y sus niños acostados.

Como toda buena ilustración, ésta que el Señor utilizó no necesitó ninguna explicación, y en seguida la aplicó de la siguiente manera:

> "Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá" (Luc. 11:9-10).

Y después continúa con unas preguntas que provocan una unánime respuesta en la mente de sus oyentes, y en nosotros, y que Él utiliza para dar una enseñanza maravillosa acerca de la actitud de Dios respecto del que ora. Helas aquí:

> "¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra?, ¿o si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?" (Lucas 11:11-12).

¡Más dispuesto está Dios a oír y contestar la oración que nosotros a orar! Él se deleita en dar buenas dádivas a sus hijos. Al seguir considerando esta ilustración descubrimos todo lo que el Señor enseñaba a sus discípulos en contestación a su petición: "Señor, enséñanos a orar". En el capítulo anterior hemos considerado la oración como el medio de acercarnos a Dios, y ahora, por esta ilustración, aprendemos que la oración no debe limitarse al lugar aparte, a ocasiones de éxtasis espiritual o a momentos sublimes, sino que es el medio de encontrar el poder para triunfar en las emergencias, dilemas y otras múltiples situacio-

nes difíciles que surgen a diario. En otras palabras, la oración es un ejercicio espiritual tan valioso y tan práctico que debe estar indisolublemente con todos y cada uno de los acontecimientos de cada día.

Otro aspecto que aquí se subraya es que la oración debe ser constante. Lucas 11:8 nos enseña claramente esta necesidad de perseverar en la oración, y esto nos recuerda lo que ya hemos dicho en un capítulo anterior: que la oración debe ser un hábito constante durante toda la vida. ¡No dejemos nunca de orar!

> "Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos" (Efe. 6:18). "Perseverancia en la oración, velando en ella con acción de gracias" (Colosenses 4:2).

Cuán fácilmente dejan algunos de orar, frustrando así, en cierto modo, los propósitos que Dios tiene para ellos. No se someten a la obra del Espíritu de Dios de madurar y refinar al suplicante y llevarle a la posición donde Dios puede contestar su oración mucho más abundantemente de lo que pide o entiende.

Observa el progreso que se nota en el versículo 9: "Pedid... buscad... llamad..." Empieza con una sencilla petición que da lugar a una búsqueda más intensa, seguida por una llamada resuelta y continua. Existe un progreso semejante en la oración, que, como ya hemos dicho, permite que Dios lleve a cabo sus propósitos de un modo más completo.

¿A cuántas personas se refiere el Señor en esta parábola? A tres: tú... un amigo necesitado... el amigo rico. O, más bien, primero el amigo necesitado que camina por la vida, luego, en el centro, estás tú y, des-

pués, el amigo rico que puede satisfacer la necesidad; así, tú llegas a ser el vínculo vital entre la necesidad y su provisión. La enseñanza de esta parábola tiene varios aspectos, pero, de momento, basta decir que Dios desea poner sus riquezas al alcance de los que caminan por la vida, cansados y necesitados, por medio de ti. Notemos que aquel a quien se refiere con las palabras "quien de vosotros" (sería bueno que te preguntaras si el Señor no te está hablando a ti) tomó en serio la necesidad de su amigo y, movido a compasión, se levantó y salió a pesar de lo intempestivo de la hora. Si no hay compasión para los que están en necesidad, habrá poca intercesión a su favor, y la oración intercesora que no nos cuesta nada, poco logrará a favor de aquellos que están en lamentable necesidad espiritual.

Fijémonos en la manera sencilla y directa en que el de la parábola presenta su petición. Dice: "AMIGO..."

"¡Oh, qué amigo nos es Cristo!...
...Y nos manda que llevemos
Todo a Dios en oración."

La palabra que se emplea aquí es "Amigo", sin embargo, nos instruye acerca de la forma sencilla y confiada en que deben acercarse a Dios aquellos que se saben sus hijos. No podemos pensar en algo más sencillo, directo y libre de excesiva ceremonia.

La petición fue también concreta: "Préstame tres panes". Supo claramente lo que su amigo necesitaba, y lo pidió. Hay muchas oraciones, en cambio, que se caracterizan desgraciadamente por su vaguedad, presentando peticiones indefinidas, como si se dejara al Señor interpretarlas en cuanto a sus detalles prácticos.

Naturalmente, Él tiene pleno conocimiento de las necesidades, pero es bueno que nosotros, sus hijos, procuremos también conocerlas a fin de que podamos ofrecer peticiones concretas en nuestras peticiones, y el ser concretos nos ayuda a ser constantes.

Después encontramos aquí una sincera confesión de incapacidad para ofrecer lo que el que viene de camino tanto necesita: "No tengo qué ponerle delante". ¡Qué confesión más honrada! Es un pleno reconocimiento de absoluta insolvencia personal. Expresándolo de otra forma, podríamos decir: "Señor, he aquí una necesidad que yo no puedo satisfacer, pero sé que Tú puedes, y te pido, a causa de la relación vital que a Ti me une, que la satisfagas". Sé sincero al mismo tiempo que sencillo en tus oraciones, sin mucha palabrería, porque el tiempo es corto y la necesidad urgente.

También se manifiesta aquí la perseverancia. El amor a su amigo necesitado, que le impulsó a salir a medianoche, le animó a seguir llamando, y no dejó de llamar hasta recibir la respuesta. Él no podía satisfacer aquella necesidad, pero tenía un amigo que sí podía satisfacerla.

¡Quisiera recordarte que tu rico y poderoso Amigo puede satisfacer toda necesidad! La perseverancia en la intercesión ejercita la fe, por consiguiente, al orar perseverantemente tu fe será desarrollada y fortalecida. Aun las dificultades y obstáculos tienden a moldear nuestro carácter haciendo resaltar las mejores cualidades.

Pero la parábola termina hablando de la recompensa que recibió, diciendo: "...se levantará y le dará todo lo que necesite". Él volvería a su casa gozoso y con las manos llenas, pero pienso que su gozo sería aún ma-

yor al ver a su amigo necesitado satisfacer su hambre con aquello que él mismo no tenía para darle, pero que había obtenido de su amigo rico. El necesitado fue satisfecho y el que hizo la petición también; hay gozo tanto para el uno como para el otro.

¿Conoces tú el gozo que experimenta el que persevera en la oración? ¿O te desalientas pronto y dejas de llamar? Reconoce que tú, en las manos de Dios, y conforme a sus designios y propósitos, puedes llegar a ser la clave en una situación desesperada. Este es tu privilegio y, al mismo tiempo, tu responsabilidad.

Acércate a tu amante Señor con peticiones concretas, reconociendo tu propia necesidad, y pide perseverantemente las riquezas que son asequibles en Cristo. Puedes hacerlo con confianza y, por lo tanto, con gratitud.

> "Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Filipenses 4:6).
>
> "Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias" (Col. 4:2).
>
> "Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús" (I Tes. 5:17,18).

X

Pero, ¿si Dios ya lo sabe todo, por qué orar?

Algunas preguntas son serias, otras, en cambio, carecen de toda seriedad. Y aun cuando a primera vista parece que la pregunta que encabeza este capítulo es de éstas últimas, en realidad fue hecha con toda sinceridad. ¿Es necesario orar si Dios lo sabe todo, incluso nuestras necesidades? La pregunta surgió por la lectura de Mat. 6:8: "...vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que vosotros le pidáis". Lee también los versículos que preceden a éste y verás como declaran que nosotros, los cristianos, no hemos de ser como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. "No os hagáis semejantes a ellos", dice el Señor. Otro versículo que nos da a entender claramente que Dios sabe la necesidad antes de presentársela en oración es el 24 del capítulo 65 de Isaías:

> "Y antes que clamen, responderé yo; mientras aun hablan, yo habré oído."

He aquí, pues, el problema: si nuestro Padre celestial sabe de qué cosas tenemos necesidad, ¿por qué hemos de pedir?

Para tratar de entender este problema, pensemos en las relaciones humanas. ¿No desea un padre que sus hijos le pidan, aun cuando él ya conozca sus necesidades? Esto es absolutamente natural, pues que forma parte de la relación normal entre padre e hijo, y aun podríamos decir que las peticiones que los hijos formu-

lan estrechan los vínculos que les unen a su padre. Si un niño nunca pidiera nada, nos haría pensar que no había unas relaciones normales entre él y su padre.

Es bien cierto que Dios conoce nuestras necesidades, pero hemos de tener en cuenta lo que ya hemos dicho en otro lugar, que uno de los propósitos de la oración es elevarnos al punto donde Dios puede contestar la petición porque nosotros mismos hemos llegado a estar en una relación adecuada con Él. Entonces Dios puede otorgar la petición para su gloria y nuestro bien.

El Padre se goza oyendo a sus hijos hablarle con absoluta confianza y fe sencilla, presentando sus necesidades delante de Él, aun cuando Él ya las conoce. De este modo se profundiza también la relación entre el que es hijo de Dios y su Padre que está en los cielos.

Sin embargo, hemos de tener en cuenta la verdad expuesta en Mat. 6:8, lo que nos ayudará a evitar la falta en que caen algunos, que piensan que han de dar a Dios una información detallada en sus oraciones, como si Él no tuviera conocimiento de todos los detalles que afectan la vida de sus hijos en la tierra. Hay que evitar toda palabrería vana, pues en la oración no somos informadores de Dios, sino suplicantes.

Un ejemplo extremo de esto lo constituye el caso de un querido hermano que, según se cuenta, oró más o menos de la siguiente manera en un culto de oración: "¡Oh Dios, seguramente habrás leído en el diario de hoy lo que dice...!".

Pero volvamos al versículo citado de Isaías (65:24), pues en él se expresa una verdad que nos permite ver más claramente los amantes y sabios propósitos de Dios. Dice el versículo: "Y antes que clamen, responderé yo; mientras aun hablan, ya habré oído". Muchas

veces se ha comprobado en la experiencia que Dios había preparado la contestación a la oración aun antes que ésta fuese formulada delante de Él, y necesidades urgentes expresadas en oraciones breves y espontáneas han sido satisfechas, en respuesta inmediata, por las provisiones que Dios tenía preparadas anticipadamente. Muchos hombres y mujeres cristianos han tenido experiencias maravillosas en este sentido. Veamos, por vía de ejemplo, lo que ocurrió a Hudson Taylor, destacado misionero en la China. Surgió una necesidad urgente que el misionero puso delante del Señor en oración; pero mucho antes que Hudson Taylor tuviera conocimiento de ella, Dios había movido el corazón de un fervoroso cristiano en Inglaterra a enviar un cheque que, atravesando la larga distancia que separa los dos países, llegó en el momento oportuno para satisfacer justamente aquella necesidad. Antes de que el uno clamara, Dios había respondido moviendo el corazón del otro. ¡Este es el gran Dios maravilloso y el amante Padre celestial a quien nos acercamos por la oración!

¡Ojalá tú también tengas una experiencia semejante! Cuando tengas tal experiencia no pensarás que tu oración haya sido un esfuerzo inútil, sino que estarás maravillado del amor y la sabiduría de Dios. Será asimismo una experiencia gozosa si descubres que fuiste guiado alguna vez por el Espíritu Santo a ejecutar cierta acción que fue la preparación anticipada de Dios para contestar la oración que otro no había presentado aún delante de Él.

¡Cuán bueno es el Dios que adoramos!

¡Continúa en oración!

XI

¿Debo estar de pie, o de rodillas?

Un joven cristiano hizo con toda sinceridad esta pregunta: "¿Cuál debe ser nuestra postura en la oración? ¿Debemos estar de pie, o de rodillas? He aquí una pregunta que seguramente ha surgido en la mente de muchos.

Nos hemos acostumbrado a orar arrodillados en muchas ocasiones y, normalmente, esta es la postura que se considera usual hoy en día. Es una postura recomendable y, ciertamente, cuando oramos a solas en un lugar aparte, hacerlo de rodillas puede ayudarnos a acercarnos con la debida reverencia a Aquel que es nuestro Padre y nuestro Dios. También puede ayudarnos a reconcentrar nuestro pensamiento en los asuntos que han de ocuparnos en la oración. Pero, como hemos visto, podemos orar en cualquier lugar y en cualquier hora, y esto significa que podemos hacerlo aún al andar por la calle o al viajar en el tren o en otro medio de transporte público, y no sólo que lo podemos hacer sino que todo creyente debe cultivar el hábito de aprovechar todos los momentos disponibles —durante el viaje o en otras ocasiones— para tener comunión con su Señor. Pero hay ocasiones cuando sería un espectáculo indebidamente ostentoso incarnos repentinamente de rodillas.

Parece ser que muchos de los santos del Antiguo Testamento se postraron rostro a tierra delante del

Señor, y es posible que en ciertas ocasiones nosotros deseemos hacer lo mismo cuando estemos a solas en la presencia del Señor. Sin embargo, hemos de advertir claramente que la postura del cuerpo no es, ni muchísimo menos, de tanta importancia como la oración misma. Además, hemos de reconocer que hay personas que, debido a enfermedad o debilidad física, no pueden estar de pie ni de rodillas. Hay muchos siervos escogidos de Dios que, a causa de su avanzada edad, se deleitan en tener comunión con el Altísimo sentados en sus sillas, y hay otros inválidos que, no obstante estar postrados en lechos de dolor o enfermedad, han sido intercesores y copartícipes en la obra del Señor por la oración.

El Señor mira el corazón, no la postura del cuerpo, y cuando el corazón es recto y fiel a Dios, cuidaremos mucho de no acercarnos a Él de un modo indecoroso o irreverente.

XII

La oración no contestada

¡La oración no contestada! Esto parece contradecir lo que venimos afirmando, que Dios siempre oye y contesta la oración, aun cuando la contestación sea demorada o denegada la petición con un "no", y no nos retractamos de nada de lo que hemos dicho a este respecto.

Entonces, ¿existe la oración no contestada?

Antes de continuar leyendo debes prepararte para recibir lo que hemos de decir al contestar la pregunta formulada, pues tal vez sea para ti como un cuchillo que penetra hondo. Hay una frase notable, y que llega directa al corazón en Sant. 4:2: "...no tenéis lo que deseáis, porque no pedís".

La unica oración que no obtiene respuesta es aquella que nunca fue ofrecida. ¿Llevas una vida sin oración? Entonces, tus oraciones no ofrecidas son oraciones no contestadas, y si tu vida de oración consiste sólo en unos rezos fríos, te estás robando a ti mismo el gozo de ver a Dios obrando, pues Él se deleita en escuchar y contestar la oración, pero "no tenéis..., porque no pedís".

Piensa seriamente un momento y contesta esta pregunta: ¿Cuándo fue la última vez que experimentaste el supremo gozo de ver la contestación bondadosa de Dios a una petición especial que le habías presentado?, o ¿tienes que confesar que no has recibido porque no

has pedido? ¿Se han entibiado las relaciones con tu Padre celestial de tal manera que apenas encuentras tiempo para hablar íntimamente con Él a solas?

Si acaso no sabes cómo empezar, aprende de los discípulos, y recurre al Señor haciendo tuya la petición de ellos: "Señor, enséñanos a orar". Cuando vieron al Señor orar, los primeros discípulos quisieron aprender también, y Él se esmeró en enseñar a aquella compañía pequeña. Este mismo Señor Jesús se cuidará de enseñarte a ti también si estás dispuesto a ser enseñado, a aprender y a seguir en comunión con Él.

Antes de seguir adelante debes considerar muy seriamente este asunto y, si es preciso, hazlo en un lugar aparte, de rodillas y a solas con el Señor. Es imposible que recibas más instrucción y que crezcas en la comunión con el Señor por la oración si no estás dispuesto a orar y seguir en oración.

Ahora, en los tres capítulos que siguen, vamos a considerar algunos de los ejemplos que el Señor nos da acerca de la oración en su propia vida y, más adelante, pensaremos en el lugar que ocupó la oración en la vida y ministerio del apóstol Pablo.

XIII

El Señor nos enseña a orar - En el servicio

> "Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar" (Luc. 11:1).

La oración ocupó un lugar de suma importancia en la vida y ministerio del Señor Jesucristo, y nos será muy provechoso considerar, aunque sea brevemente, algunas de las ocasiones cuando Él oraba, según nos las relatan los evangelios, porque los ejemplos que ellas nos ofrecen nos enseñarán a orar y, también, a ver la necesidad de mantener una actitud de oración en todo tiempo y en todo lugar.

En el versículo ya citado (Luc. 11:1) se nos dice que el Señor estaba orando en un lugar, y en Marcos 1:35, leemos:

> "Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba".

Estos dos versículos subrayan lo que hemos dicho en uno de los primeros capítulos, que la oración necesita un lugar y un tiempo, como el mismo Señor enseña en Mat. 6:6. El hecho de que el Señor tuviera que salir a un lugar desierto, por no disponer de una habitación u otro lugar en una casa donde poder estar a solas, será de gran estímulo para muchos cristianos jóvenes que se ven obligados a compartir su dormitorio con otros. El Señor supo resolver este problema, y

no cabe duda que tú, si tienes un verdadero deseo de tener comunión con Dios, sabrás encontrar también el medio de vencer la dificultad que pueda suponer no disponer en tu casa de un lugar donde puedas estar solo.

Consideremos ahora la relación que hay entre la oración y el servicio cristiano. Hay muchos que están tan ocupados en el servicio del Señor que no tienen tiempo para orar y esperar calladamente en el Señor. ¿Qué es más importante, la oración o el servicio? Sólo hay una contestación posible a la luz del ejemplo del Señor Jesús.

> "Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia" (Lucas 3:21-22).

La frase "...y orando, el cielo se abrió" es extremadamente significativa, pues confirma una verdad sublime: que el cielo siempre se abre al hombre de oración. En este momento, cuando el Señor empezaba su ministerio público, fue ungido por el Espíritu Santo para servir, y estos versículos nos hacen ver claramente que el Señor, que después andaría haciendo bienes y estaría ocupado constantemente en hacer la voluntad de su Padre, entra en este ministerio en el espíritu de oración y con la unción y plenitud del Espíritu Santo. Y ahora ya podemos contestar la pregunta formulada anteriormente, diciendo: La oración es antes que el servicio.

Por Hechos 6:4 vemos que los apóstoles ponían este mismo énfasis sobre la oración: "...Y nosotros

persistimos en la oración y en el ministerio de la palabra".

Notemos el orden apostólico: primero, la oración y, en segundo lugar, el ministerio de la palabra. Repetimos sin titubeos: La oración precede al servicio.

Ya hemos hecho referencia a Marcos 1:35, donde se nos dice que el Señor se levantó muy de mañana para salir a un lugar desierto a orar, y notemos que este incidente, ocurrido muy al principio de su ministerio, se relata en el primer capítulo de este evangelio, que tanto nos habla después de la actividad incesante del Señor Jesús, actividad que se expresa con una frase notable: "...ni aun tenía tiempo para comer" (Marcos 6:31). Para el Señor la oración fue siempre la ocupación previa a toda otra actividad del día. Vemos, pues, que la oración nos prepara para el día.

Consideremos otro ejemplo:

> "Pero su fama se extendía más y más; y se reünía mucha gente para oírle, y para que les sanase de sus enfermedades. Mas él se apartaba a lugares desiertos, y oraba" (Luc. 5:15,16).

A pesar de la vida de constante actividad a que fue llamado, el Señor se apartaba a lugares desiertos para orar y recuperar así las fuerzas necesarias para seguir soportando la carga y el calor del día. Asimismo, cuando los cinco mil fueron alimentados, después de despedir a la multitud, "se fue al monte a orar" (Mar. 6:46).

El caso que nos relata Marcos en su capítulo nueve, el del padre del muchacho endemoniado que acudió al Señor cuando bajaba del monte de la trasfiguración, y le dijo: "...dije a tus discípulos que lo echasen fuera, y no pudieron", nos ofrece una confirmación estupenda de la necesidad e importancia de la oración si que-

remos desarrollar una actividad verdaderamente útil y llena de poder. Más tarde, los discípulos preguntaron al Señor por qué habían sido impotentes, y la respuesta del Señor es verdaderamente notable: "Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno" (Mar. 9:9-29).

En el evangelio de Juan capítulo 11 leemos que el Señor alzó los ojos al cielo y habló a su Padre, dando gracias, ante la tumba de Lázaro. En medio de la actividad recibe poder por medio de la oración, sin embargo, no permitía jamás que ninguna situación ni sus muchas ocupaciones le privasen de una comunión ininterrumpida con su Padre por medio de la oración.

Resumiendo, pues, lo aprendido mediante estos ejemplos del Señor (y otros que se podrían considerar) acerca de la relación entre la oración y el servicio cristiano, subrayamos estas tres lecciones:

a) La oración precede al servicio.
b) La oración nos prepara para el día.
c) La oración da poder en medio del servicio.

> "El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán" (Isa. 40:29-31).

¡Espera al Señor, para que tengas fuerzas para hacer todo lo que te manda!

XIV

El Señor nos enseña a orar en cada situación

Consideremos ahora otros casos en la vida del Señor Jesús que demuestran que Él se movía constantemente dentro de los límites de una absoluta dependencia de su Padre, dependencia que se evidenciaba indefectiblemente en la oración cuando tenía que tomar decisiones importantes.

> "En aquellos días Él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles" (Luc. 6:12,13).

Este pasaje nos relata cómo el Señor escogió a los doce discípulos, separándolos de los demás, para estar con Él y ser preparados para luego enviarles al servicio especial que llevaría a la constitución de la Iglesia después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Pero notemos que el Señor Jesús, ante una decisión de tal transcendencia, pasó la noche orando a Dios, con lo cual manifestó su dependencia del Padre. Y es también de su dependencia del Padre que nos hablan clarísimamente los siguientes versículos:

> "Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, tambien lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre

ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que Él hace; y mayores obras que éstas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis" (Juan 5:19,20).

"No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre" (Jn. 5:30).

Hay un contraste marcadísimo entre la actitud de Jesús y la que adoptó el pueblo de Israel en el incidente que se nos relata en Josué capítulo 9, y que se declara con estas palabras: "y no consultaron a Jehová" (Josué 9:14).

Es necesaria la oración en los momentos en que nos vemos precisados a tomar decisiones porque aclara la mente, haciendo así posible formar un juicio verdadero conforme a la voluntad de Dios. De este modo también profundizas tu comunión con el Señor y tu dependencia de Él.

La tentación del diablo que el Señor tuvo que resistir durante cuarenta días en el desierto, después de su bautismo, no fue la única que tuvo que arrostrar. Hubo aquella ocasión cuando los que habían sido alimentados por su mano deseaban tomarle por la fuerza y proclamarle rey pensando, sin duda, que Él podría satisfacer todas sus necesidades materiales y, además, librarles del poder de Roma.

A esta tentación que, de caer en ella, lo habría desviado de la voluntad de Dios y del gran propósito que le hizo venir al mundo, ¿cómo le hizo frente el Señor?

"Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte Él solo" (Jn. 6:15).

De esta manera, el Señor mantuvo la comunión con su Padre y se mantuvo dentro de la voluntad de Dios.

También el creyente, a través de su vida, tendrá que enfrentarse con diversas formas de tentación que tienen por objeto desviarle del plan de Dios para su vida. Estas tentaciones sobrevienen, y con especial sutileza, al obrero cristiano, pues el diablo intenta, o bien desalentarle cuando no ve ningún fruto de sus esfuerzos, o bien derribarle por medio de la popularidad, el halago y las atenciones de los hombres cuando su servicio es verdaderamente bendecido y fructífero. Estas tentaciones pueden ser vencidas cuando, en oración, miramos al Padre, manteniéndonos así cerca del Señor.

Por medio de la oración podemos mantenernos dentro de los propósitos y voluntad de Dios para nosotros.

Más adelante encontramos al Señor hablando a sus discípulos acerca de la gran prueba que supondría para Él la cruz con su terrible agonía. Y como verás por los siguientes versículos, la ocasión cuando les hizo esta revelación fue inmediatamente después de un tiempo dedicado a la oración a solas con su Padre. Y no cabe duda que fue en este tiempo de oración cuando vio más claramente el camino de la voluntad del Padre y recibió la fuerza y aliento necesarios para sufrir la prueba.

> "Aconteció que mientras que Jesús oraba aparte, estaban con él los discípulos; y les preguntó, diciendo: ¿Quién dice la gente que soy yo?... Pero Él les mandó que a nadie dijesen esto, encargándoselo rigurosamente, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos,

> por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día" (Luc. 9:18,21,22).

Uno de los secretos para hacer frente victoriosamente a las situaciones penosas de esta vida radica en saber esperar en el Señor en oración, pues cuando imploramos y, además, confiamos plenamente, Él nos da las fuerzas necesarias para resistir la prueba que tememos o sabemos inminente.

Poco después de este incidente, el Señor, haciéndose acompañar por Pedro, Juan y Jacobo, subió al monte a orar.

> "Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente" (Luc. 9:29).

Al orar, el Señor fue transfigurado delante de sus discípulos. Asimismo, la oración lleva al creyente de hoy a una comunión más íntima con el mismo Señor, lo que indudablemente resultará en una gran manifestación de la vida y gloria de Cristo a través de la vida humana.

Por la oración podemos hacer frente a las pruebas de la vida. Por la oración es transformada nuestra vida.

En otro capítulo hemos hecho referencia a la oración del Señor ante la tumba de Lázaro, por la que Él nos enseña que debemos continuar en oración con hacimiento de gracias aún en medio del ministerio y servicio cristianos. También podemos pensar en Lázaro como tipo de los que están hundidos en el pecado, a los cuales, por el servicio y ministerio cristianos, queremos llevar el vangelio, haciéndoles conocer el camino de la salvación. Pero para esto es preciso demandar la victoria de Dios esperando confiadamente que Él obrará, exactamente como hizo el Señor en aquella ocasión,

triunfando así, por la oración, sobre la obra del diablo.

Por la oración podemos demandar la victoria que ya es nuestra en Cristo, dando gracias anticipadas por lo que Dios va a hacer.

Recapitulemos:

a) La oración aclara la mente en momentos decisivos.

b) La oración nos mantiene dentro de la esfera de la voluntad de Dios.

c) La oración da poder para enfrentarse con las pruebas de la vida.

d) La oración conduce a la transformación de la vida.

e) La oración demanda la victoria sobre el Adversario y todas sus obras.

XV

El Señor nos enseña a orar como sumo sacerdote y en la cruz

Hay otros varios ejemplos de oración en la vida del Señor Jesús que requieren cuidadosa atención. Por ejemplo, tenemos la oración del Señor en Juan 17, donde le vemos intercediendo por nosotros como Sumo Sacerdote. En esta santa conversación con su Padre, el corazón del Señor queda al descubierto y, además, nos hace saber su voluntad para con los creyentes y nos instruye sobre varios aspectos de la vida cristiana. Toma tiempo para leer el capítulo con cuidado, y observa las peticiones principales que formula el Señor, preguntándote al mismo tiempo hasta qué punto han alcanzado una respuesta adecuada en tu vida, teniendo en cuenta que el Señor hizo esta oración no solamente a favor de los primeros discípulos, como Él mismo aclara, sino por los creyentes de todas las épocas. Aun cuando no podemos comparar nuestras propias oraciones con esta oración de Cristo, pues que ésta constituye la sublime intercesión del Sumo Sacerdote, sin embargo, cada verdadero creyente es hecho sacerdote para nuestro Dios, con lo que se nos confiere el gran privilegio de interceder por otros y, también con nuestras vidas. La intercesión por otros forma parte, y muy importante, del servicio cristiano. ¿Oras con regularidad por otros, o lo haces siempre sólo por ti mismo?

El Señor nos ofrece otro ejemplo de lo que era y

significaba la oración en su vida cuando, muy cerca ya el sufrimiento de la cruz, le encontramos arrodillado en el huerto de Getsemaní orando a su padre, diciendo:

> "Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra. Cuando se levantó de la oración, y vino a sus discípulos, los halló durmiendo a causa de la tristeza; y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos, y orad para que no entréis en tentación" (Luc. 22:42-46).

En este pasaje encontramos dos actitudes contrastadas. Por un lado vemos al Maestro, ya bajo la sombra de la cruz, siguiendo con resolución la voluntad de Dios y buscando fortaleza para enfrentarse con los terribles sufrimientos que tendría que padecer; por otro lado vemos a los discípulos dormidos. ¡El Maestro ora; los discípulos duermen! Es una escena tan elocuente que no es necesario insistir acerca de la enseñanza que nos ofrece. ¿Duermes tú cuando debes orar?

Una de las ocasiones más notables, por lo extremadamente crítica, en que Jesús oró, fue mientras sufría la agonía de la cruz. Consideremos a continuación estas oraciones:

> Primeramente oró, diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34).

El Señor cumple aquí su propia enseñanza:

> "Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mat. 5:44).

Pocas cosas hay que impidan tanto la vida de oración como un espíritu duro que no perdona, pero en la oración encontramos el verdadero secreto del espíritu perdonador.

Hemos de considerar estas oraciones del Señor en la cruz con suma reverencia, pues pisamos terreno santo.

Al emprender la obra de la redención, obra que sólo Él pudo llevar a cabo, levantó la voz desde la cruz en un grito de agonía:

> "Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (Mat. 27:46).

Aquí se dirigió al Padre como "su Dios", pero en seguida prorrumpió en un grito de confianza para encomendarse en las manos de su Padre.

> "Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró" (Luc. 23:46).

Al considerar estos y otros ejemplos de oración en la vida del Señor, bien podemos decir como dijeron los discípulos de antaño:

"SEÑOR, ENSÉÑANOS A ORAR".

Recapitulando las consideraciones expuestas en los tres últimos capítulos acerca de la oración en la vida del Señor Jesús, llegamos a las siguientes conclusiones:

a) La oración precede al servicio.
b) La oración nos prepara para el día.
c) La oración da poder en medio del servicio.
d) La oración aclara la mente en momentos decisivos.

e) La oración nos mantiene dentro de la esfera de la voluntad de Dios.

f) La oración nos ayuda a enfrentarnos con las pruebas de la vida.

g) La oración conduce a la transformación de la vida.

h) La oración demanda la victoria sobre el Adversario y todas sus obras.

i) La oración es el secreto del espíritu perdonador.

j) La oración nos lleva a una confianza plena en Dios y una entrega total a Cristo.

XVI

Pablo como hombre de oración

Se puede estudiar la vida del apóstol Pablo bajo distintos aspectos pero lo que más nos ayudará y estimulará seguramente será hacer un estudio lo más completo posible acerca del lugar que ocupó la oración en la vida de este hombre de Dios que tan usado fue por el Señor.

Es digno de notar que cuando el Señor habló a Ananías para que fuese a visitar a Saulo de Tarso (como era entonces llamado), después de su llegada a Damasco, el Señor le dice: "...he aquí, él ora" (Hechos 9:11).

Como hebreo de hebreos y fariseo, Saulo habría rezado muchas oraciones, pero después de su encuentro con el Señor en el camino a Damasco algo sorprendente y maravilloso aconteció en su corazón y vida: era la frase "he aquí, él ora". Es más fácil rezar que orar de verdad, y es por esto que aunque son muchos los que rezan, son muy pocos, en cambio, los que verdaderamente oran. Pero el gran Apóstol fue uno que destacó como hombre de oración. La oración fue señal de su conversión, y lo fue igualmente de su vida y servicio cristianos, y más de una vez, guiado por el Espíritu de Dios, exhorta a los creyentes a imitarle (véase I Cor. 4:16 y 11:1; Fil. 3:17 y 4:6; I Tes. 1:6; II Tes. 3:7-9).

En el libro de los Hechos se nos presenta al após-

tol Pablo como un hombre extraordinariamente activo, pero también encontramos referencias a sus oraciones. Al hablar a la enfurecida multitud desde las gradas de la fortaleza de Jerusalén, se refirió a un incidente que había tenido lugar muchos años antes, cuando Dios le hizo saber su voluntad, es decir, que sería enviado especialmente para ministrar a los gentiles. "...orando en el templo... el Señor me dijo: Ve, porque yo te enviaré lejos a los gentiles" (Hec. 22:17, 21). Mientras oraba, Dios le revelaba su voluntad, y es por esto que al leer las múltiples ocasiones en que el Señor le habló, según consta en el libro de los Hechos, dándole una nueva revelación de Sí mismo o dirección y estímulo especiales, resulta lógico pensar que sería mientras oraba que el Señor se acercaba a él de un modo tan precioso. Pero de todos modos, es bien cierto que Dios te puede revelar más y más de su voluntad mientras oras.

Otra referencia a su vida de oración la encontramos en su despedida de los ancianos de Efeso. Leemos: "Cuando hubo dicho estas cosas, se puso de rodillas, y oró con todos ellos" (Hech. 20:36). "Oró con todos ellos", y esta fue su actitud constante a través de todo su ministerio, como demuestran sus epístolas, y al leerlas, aunque sea someramente, se descubre de la vida de oración de este incansable siervo del Señor. Era tan ardiente y apasionado en su oración como lo era en su servicio. Su servicio fue acepto porque oró continuamente; y oró continuamente debido a las múltiples y exigentes demandas de su servicio para el Señor. Pablo es un ejemplo sobresaliente de la manifestación de la plenitud de la vida de Cristo en "un vaso de barro" y, por lo tanto, su vida fue una vida de oración, es decir, de plena dependencia de Dios;

así como vivió su Maestro, así vivió él; en constante comunión con el Padre por medio de la oración. Si la vida del Señor se manifiesta en nosotros con el poder del Espíritu Santo no contristado ni apagado, la consecuencia lógica de la entronización de Cristo en el corazón será forzosamente, una vida de oración. ¿Es así en tu experiencia cristiana?

Hay otra cosa notable en las oraciones del Apóstol, ésta: que la acción de gracias es una parte tan importante como la petición. Miremos un ejemplo en la epístola a los Romanos:

> "Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios, un próspero viaje para ir a vosotros" (Rom. 1:8-10).

Resaltan aún más notablemente estos versículos al tener en cuenta que, cuando los escribió, no había visitado aún a los cristianos de Roma. Aquí se afirma que oraba sin cesar por aquellos que, en su mayoría, eran personalmente desconocidos para él, aunque algunos de sus amigos ya habían visitado Roma, como pone de manifiesto en los saludos que envía en el capítulo 16. Nosotros, en cambio, apenas encontramos tiempo para orar por los creyentes que conocemos, así que cuánto menos lo encontraremos para orar por aquellos que no conocemos, aunque sabemos que viven en otros lugares, y que se mantienen firmes en el Señor en medio de grandes pruebas y oposición.

Más adelante, en la misma epístola, se nos descubre una de las grandes cargas que Pablo llevaba en oración. Esta carga la constituian sus hermanos según la carne, es decir, Israel.

> "Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación" (Rom. 10:1).
>
> "Verdad digo en Cristo, no miento, mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne" "Rom. 9:1-3).

En esta gran tristeza y continuo dolor de corazón de Pablo, a causa del rechazamiento por sus hermanos de las buenas nuevas de la venida de Cristo como su Salvador, vemos la expresión de la misma compasión del Maestro. Comparándote a este respecto con el apóstol Pablo, ¿cuánta fidelidad muestras tú en la oración a favor de tus seres queridos inconversos, de aquellos que están tan íntimamente unidos a ti por lazos de carne y sangre, pero que todavía no han aceptado a Cristo? También podemos pensar en un círculo más amplio, y preguntar: ¿Cuántas veces oras en verdad por los que todavía no conocen al Señor de entre los que componen el círculo normal de tus relaciones o contactos durante tus quehaceres habituales de cada día?

Pensemos ahora en sus epístolas a los Corintios, en las que se hace evidente que el Apóstol, a pesar de tener que reprender severamente a aquellos cristianos a causa de la carnalidad de muchos de ellos, encuen-

tra, sin embargo, motivos para dar gracias a Dios por ellos.

> "Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda Palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros" (I Cor. 1:4-6).

El secreto de la efectividad de su reprensión radica, tal vez, en el hecho de que ora primero por ellos, dando gracias por ellos en la presencia del Señor. Más adelante manifiesta que la prueba más concluyente de la legitimidad de su ministerio se halla, entre otras muchas cosas, en sus desvelos, ayunos y sufrimientos, aduciendo:

> "Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos... nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios..." (II Cor. 6:1-7).

Si alguna vez te tocara reprender a otros creyentes, que no cumplen su alta vocación o que se desvían en su vida y testimonio cristianos, primero ora por ellos al Señor y, después, háblales con amor según el Señor te guíe.

Pablo tuvo que reprender también a los gálatas porque se habían apartado de la libertad y sencillez del evangelio de Cristo, pero no deja de orar por ellos. De la misma forma que intercedía por ellos antes, cuando aun permanecían en las tinieblas paganas,

así lo hace también ahora para pedir que alcancen plena madurez espiritual:

> "Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gál. 4:19).

¿Se encuentra en la vida de oración del Apóstol el secreto de su éxito como evangelista? ¿Constituye su vida de oración uno de los más importantes de los factores que le hicieron tan útil en las manos de Dios para llevar a otros al Salvador?

Pero Pablo, como hombre de oración, no se dió por satisfecho al saber que aquellos por quienes oraba eran salvos, sino que siguió trabajando en oración, anhelando que fuesen establecidos en la fe, llenos de la plenitud de Cristo, y que ellos, a su vez, fuesen utilizados por Dios para manifestar la vida del Señor Jesús en sus cuerpos mortales.

XVII

La profundidad y el alcance de las oraciones de Pablo

Consideremos ahora la epístola de Pablo a los Efesios que, además de a estos creyentes, fue dirigida también, probablemente, a todos los de aquella región, que era entonces la provincia romana de Asia. Sabemos que Pablo trabajó en Efeso durante un tiempo considerable, aunque es posible que durante este tiempo visitase también otros distintos lugares o pueblos de la comarca. Pero sea como fuere, lo cierto es que su ministerio en Efeso fue tan eficaz, y tan potente la manifestación de la plenitud del Espíritu Santo en algunos de los creyentes, que ellos salieron a lugares que el Apóstol no había visitado, y toda la región fue evangelizada. No es de extrañar, pues, la oposición levantada por Demetrio y otros, según vemos en Hech. 19:22-29.

Fue un tiempo de ministerio muy fructífero que resultó en un gran despertamiento, y ahora, a estos cristianos, hombres y mujeres que nacieron de nuevo por el Espíritu de Dios, saliendo así de las profundas tinieblas del paganismo, el Apóstol les escribe haciéndoles saber del inmenso poder que está a su alcance en Cristo y de la nueva posición que gozan todos los que depositan su confianza en Él.

Pero antes manifiesta su regocijo por la obra que la gracia de Dios ha hecho en sus corazones, diciendo:

"Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones..." (Ef. 1:15-16).

Después, en los próximos versículos, se ve algo de sus incesantes oraciones a favor de estos creyentes:

"Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os de espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales" (Efesios 1:17-20).

Más adelante, en la misma epístola, vemos otra vez al Apóstol que dobla sus rodillas en una ferviente súplica por ellos:

"Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os de, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la al-

> tura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia de Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén" (Efe. 3:14-21).

Estos dos pasajes nos revelan algo de la profundidad y la intensidad de la vida de oración del Apóstol. Le regocija que aquellos a quienes escribe conocen a Cristo como Salvador, y ora por ellos para que crezcan en estatura espiritual y para que tengan entendimiento espiritual y un conocimiento creciente de Dios. Ellos conocían al Señor —de otra manera no poseerían la vida eterna—, pero Pablo deseaba que ese conocimiento fuese aumentado cada vez más, y que siguieran más y más adelante en su experiencia con el Señor. En la segunda oración, el deseo de su corazón es que fuesen fortalecidos con poder en el hombre interior, es decir, que experimentasen en sus propias vidas, como nunca antes, el poder y fuerza divinos que levantó a Cristo de los muertos; que de ningún modo dejasen de alcanzar lo mejor que Dios tenía para ellos; que fuesen llenos de toda plenitud de Dios.

Las oraciones como éstas no son baladíes, ni se acaban en unos momentos. El Apóstol fue escogido y preparado por el Espíritu de Dios para enseñar a otros, y bien podía decir lo que encontramos en el siguiente versículo, porque así oraba él:

> "Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con

toda perseverancia y súplica por todos los santos" (Efe. 6:18).

¿Oras tú de esta manera a favor de otros?

Pasemos ahora a la epístola a los Filipenses. Si había algún grupo de creyentes al cual Pablo amaba más que a los otros sería, seguramente, el de Filipos, y fue a estos creyentes que escribió esta carta tan llena de gozo, a pesar de estar redactada en una cárcel en Roma. El se regocijó grandemente en Cristo, y les exhorta a regocijarse igualmente en el Señor. En esta carta recuerda con gratitud su ministerio en Filipos, y ora en pro de la continuidad de la obra de Dios en medio de ellos.

"Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros, por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora" (Fil. 1:3-5).

"Porque Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo. Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprensibles para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios" (Fil. 1:8-11).

Al orar por estos fervientes creyentes, el Apóstol empieza con acción de gracias y regocijo y, después, expresa el profundo deseo de su corazón de que abunden más y más en ciencia y en sano juicio espiritual, para que su conducta sea ordenada de tal modo que no sólo vivan vidas irreprensibles, sino que sean también fructíferas para la gloria del nombre del Señor

Jesús. Observemos una vez más la profundidad y el alcance de sus oraciones. ¡Esto es orar en verdad!

Las circunstancias materiales en que Pablo se encontraba en aquel entonces no tenían nada de halagüeñas, pero él las aceptaba sin murmurar, sabiendo que Dios tenía ricos propósitos aun en tales circunstancias, y el Espíritu le pudo utilizar, por lo tanto, para animar a otros a no afanarse, y guiarles a orar con acción de gracias.

> "Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Fil. 4:6).

Después de Filipenses llegamos a la epístola a los Colosenses. Por lo que nos dice el versículo uno del capítulo dos, Pablo no conocía a la mayoría de estos creyentes, pero de ninguna manera le impide esto orar por ellos ni tampoco dar gracias por ellos.

> "Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos" (Colosenses 1:3,4).

Su oración a favor de los creyentes en Colosas está henchida de alabanzas por todo lo que Cristo ha hecho por ellos.

> "Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, confor-

> me a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longaminidad; con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz" (Colosenses 1:9-12).

Ora por ellos para que sean llenos del conocimiento de la voluntad de Dios, para que también ellos crezcan en sabiduría e inteligencia espiritual, y que esto tenga por resultado vidas dignas del Señor, agradándole y siendo fructíferos en la manifestación de la vida de Cristo en todo lo que hacen; y que esto también les lleve a un conocimiento aún más amplio de Dios, para que tengan verdadero poder espiritual con el que puedan mantenerse firmes con paciencia, longanimidad y gozo, de tal manera que toda su vida sea un acto continuo de alabanza y acción de gracias al Padre.

Hemos de repetir que oraciones tan profundas y que tanto abarcan no son oraciones de un momento. Esto se ve en la misma declaración de Pablo, quien dice que siempre ora por ellos con agonía, trabajando y luchando según la potencia de Cristo, la cual actúa poderosamente en él, y también a través de él a favor de ellos (Col. 1:29 y 2:1). ¡Esta es verdadera intercesión y verdadera oración! Por esto Pablo podía escribir, inspirado por el Espíritu de Dios:

> "Perseverad en oración, velando en ella con acción de gracias" (Col. 4:2).

La epístola a los Tesalonicenses fue, probablemente, la primera que escribió el Apóstol, enviando la primera de las dos cartas poco después de su ministerio en Tesalónica, que se nos describe en Hechos 17. Pablo y Silas tuvieron que abandonar la ciudad a causa de la oposición suscitada por los judíos en con-

tra de su predicación, dejando allí creyentes que tendrían que afrontar persecución y pruebas por amor a Cristo. El se dió cuenta que eran cristianos jóvenes en la fe, que todavía no habían tenido oportunidad de llegar a conocer ampliamente la Palabra de Dios, pero en la epístola habla de ellos con gratitud, manifestando su deseo de volver a estar entre ellos para enseñarles más, y tan grande era este anhelo que oraba día y noche a fin de que le fuese dado poder satisfacerlo.

> "Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante de Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo" (I Tes. 1:2-3).
>
> "Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios, orando de noche y de día con gran insistencia, para que veamos vuestro rostro, y completemos lo que falte a vuestra fe? Mas el mismo Dios y Padre nuestro, y nuestro Señor Jesucristo, dirijan nuestro camino a vosotros. Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos" (I Tes. 3:9-13).

Aquí vemos que Pablo oró con gran insistencia

para poder completar lo que faltase a su fe, con el fin de que ellos creciesen en amor los unos para con los otros, y para que fuesen irreprensibles, viviendo vidas de santidad, esperando la segunda venida del Señor.

Por cuanto Pablo se regocijó de esta manera orando día y noche, el Espíritu de Dios le pudo usar también como el instrumento escogido para escribir las siguientes palabras:

> "Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. No apaguéis al Espíritu" (I Tes. 5:16-19).
>
> "Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y que todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo" (I Tesalonicenses 5:23).

Parece ser que aun antes de que el Apóstol tuviera la oportunidad de volver a Tesalónica, Dios empezó a contestar su oración, porque los creyentes se establecían y crecían en la fe cuando él todavía no había podido volver a ministrar entre ellos. Así, al enviar su segunda carta a los tesalonicenses, tiene nuevos motivos para dar gracias a Dios.

> "Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás; tanto, que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis" (II Tesalonicenses 1:3-4).

No siempre es posible viajar para visitar hermanos en diferentes lugares, ni tampoco se pueden escribir a menudo cartas de aliento, aunque esto último se podría hacer seguramente con mucha más frecuencia de lo que suele hacerse, pero sí puedes orar, orar sin cesar y con gratitud, sabiendo que Dios ya está obrando en contestación a tus oraciones para satisfacer las necesidades de otros.

¡Cuántos desvelos le costaría la oración al apóstol Pablo!, y decimos esto porque, al escribir a Timoteo, habla otra vez de su continua oración, de día y de noche, diciendo:

> "Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día" (II Tim. 1:3).

¿Quién puede calcular lo que debía Timoteo a las oraciones de Pablo? ¿A cuántas personas ayudas tú, animándolas en su servicio cristiano por tus oraciones constantes a su favor, mencionándolas repetidamente por nombre?

De este breve examen de algunas de las más destacadas referencias del Apóstol a la oración se ve claramente que era un hombre que oró según la voluntad de Dios, por lo que obtuvo respuesta a sus oraciones. Era guiado por el Espíritu de tal forma que era el mismo Espíritu quien intercedía a través de él. La oración no era para él una práctica ocasional, sino que vino a ser el hábito de su vida, su actitud constante, llegando a ser la manifestación de la misma vida de Cristo a través de su siervo.

Dios puede usar al hombre, la mujer, al joven o la joven que aprende a orar de esta manera.

XVIII

Pablo enseña a otros a orar

Otro aspecto importante del ministerio de Pablo se descubre en el hecho de que siendo él hombre de oración, y orando para que otros alcanzasen madurez espiritual, enseñaba una y otra vez a orar a los que eran jóvenes en la fe, con el fin de que ellos también llegasen a ser hombres y mujeres de oración. Parte de su esfuerzo por llevarles a la madurez espiritual consistía en este trabajo educativo, haciéndoles saber también cuánto aprecia las oraciones de los hijos de Dios a favor de su propio ministerio, esperando y deseando en verdad que oren por él.

También es esto una señal de la verdadera unión de los creyentes, pues el orar por otros y, al mismo tiempo, solicitar sus oraciones constituye una evidencia de la unidad del cuerpo de Cristo. De igual forma que en el cuerpo humano cada miembro está íntimamente relacionado con todos los que lo componen, así en la Iglesia, el cuerpo de Cristo, cada miembro en particular debe interesarse y relacionarse con los demás. Por lo tanto es justo y necesario que oremos por otros y que les animemos a orar también; asimismo es absolutamente necesario que oremos por nosotros mismos, para que nuestras vidas cristianas sean más maduras y nuestro servicio sea para la gloria de Dios.

Volvamos a la epístola a los Romanos, donde lee-

mos que el que tanto luchaba en oración rogó a otros que le ayudasen por este mismo medio.

> "Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea acepta; para que con gozo llegue a vosotros por la voluntad de Dios, y que sea recreado juntamente con vosotros" (Romanos 15:30-32).

Una gran distancia separaba al Apóstol de los creyentes en Roma pero, no obstante, podían encontrarse juntos ante el trono de la gracia, y al orar, y ver sus oraciones contestadas, ellos mismos tuvieron una experiencia gozosa, viéndose recreados y renovados en las cosas espirituales.

A los creyentes en Corinto, Pablo les recuerda que a él y a sus compañeros les había sobrevenido una tal tribulación en Asia que llegaron a temer por sus vidas, pero pudo dar gracias a Dios por aquella experiencia, alabándole porque les había enseñado a no confiar en sí mismos, sino en su Padre celestial. Sin embargo, reconoció que las oraciones de los corintios habían sido, en parte, el medio que Dios utilizó para su liberación.

> "Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que

> resucita a los muertos; el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos librará, de tan gran muerte; cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don concedido a nosotros por medio de muchos" (2 Cor. 1:8-11).

¿A quién ayudas tú por tus oraciones a su favor? Hay, por ejemplo, muchos obreros del Señor en lejanos campos misioneros que tienen que enfrentarse con situaciones difíciles, y cuyas necesidades son múltiples; ¿pueden contar con tus oraciones?

También a los cristianos en Efeso, después de escribirles acerca del lugar que ocupa la oración en la armadura espiritual, Pablo los invita a continuar en oración a su favor:

> "Y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar" (Efe. 6:19,20).

Ora por todos los santos, pero especialmente por aquellos de entre tus conocidos que tienen el privilegio y la responsabilidad del ministerio público y de enseñar la Palabra de Dios, rogando que hablen con confianza, claridad y verdad, según la voluntad de Dios. Es mucho mejor orar por el predicador que denigrarle en su ausencia. ¿Hubo un predicador del evangelio más efectivo, más fructífero, más íntegro y fiel que Pablo? Sin embargo, dice: "Orad por mí, a fin de que me sea dada palabra". De este modo consigue que otros cooperen con él y tengan comunión con él en el servicio de Cristo.

Los creyentes de Filipos enviaron más de una vez

ayuda para suplir las necesidades materiales del Apóstol, y seguramente eran constantes sus oraciones a su favor. Él contaba con sus oraciones, sabiendo que Dios podía hacer que la difícil situación en que se encontraba redundara en su propio beneficio espiritual como resultado de su intercesión.

> "Porque sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación" (Fil. 1:19).

Por la suministración del Espíritu trocó Dios las cadenas y prisiones de su siervo en bendiciones para otros. Pocas personas han sufrido más o han tenido que afrontar pruebas más terribles, pero habiendo sido probado hasta lo último, el Espíritu de Dios le podía usar para instigar a los filipenses a afrontar cada situación en el espíritu de oración.

> "Por nada estéis afanosos sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (Fil. 4:6,7).

Si oramos con acción de gracias, la paz de Dios guardará nuestros corazones y pensamientos, y aunque todo a nuestro alrededor caiga, o el mundo entero se nos oponga, podemos dar gracias a Dios cualesquiera sean las circunstancias, porque Él permanece fiel; Él no puede fallar, ni abandonar jamás a los suyos.

Después de sus exhortaciones prácticas a los colosenses (cap. 3), Pablo vuelve a insistir sobre la oración, exhortándoles muy especialmente para que orasen por él a fin de que tuviera puerta abierta para hablar de Cristo con valor y eficacia.

> "Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias; orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar" (Col. 4:2-4).

Aunque ya lo hemos dicho en otra ocasión, quisiéramos volver a insistir de forma especial sobre el hecho de que el Apóstol pidió las oraciones de otros a favor de su ministerio público, lo que pone de manifiesto nuestro deber de orar por los siervos de Dios que son llamados a enseñar y predicar. E igualmente que debemos buscar, si Dios nos ha concedido el privilegio de hablar en su Nombre, la cooperación y la comunión en la oración de otros, para que por sus oraciones hablemos como debemos hablar, proclamando las gloriosas nuevas del Evangelio de la gracia de Dios en el poder y demostración del Espíritu.

Ya hemos hecho referencia a la exhortación que encontramos en el capítulo cinco de la primera a los Tesalonicenses: "Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo..." Después el Apóstol expone este breve ruego: "Hermanos, orad por nosotros" (1 Tes. 5:25).

En las dos epístolas a Timoteo abundan los buenos consejos para todo el que desea ser obrero cristiano y, por lo tanto, no es de extrañar que también haya exhortaciones a la oración. Busca y lee los versículos 1 a 3 y el 8 del capítulo dos de la primera a Timoteo. Dondequiera que haya creyentes debe haber quienes levanten manos santas en oración constante, y lo mismo que se hacen exhortaciones en pro de la lectura de la Palabra d Dios, de igual forma deben ser ani-

mados los creyentes a orar, especialmente los que son jóvenes en la fe, y a orar por otros.

Pensemos ahora de nuevo en Pablo, preso en Roma. ¿Sería posible que fuese puesto en libertad? Podría volver otra vez a los lugares donde antes había ministrado? ¿Podría volver a visitar y animar a los creyentes que se mantenían fieles a Cristo en las ciudades de donde él había sido expulsado por su atrevimiento en la proclamación de una salvación plena y libre por medio de la fe en Cristo Jesús? ¿Dependería su liberación de la eficacia de las oraciones de otros, mirándolo desde el punto de vista humano? Esto es lo que se deduce de lo que Pablo mismo dice en la carta preciosa y personal que dirigió a Filemón desde la cárcel:

> "Prepárame alojamiento; porque espero que por vuestras oraciones os seré concedido" (Filemón 22).

Pablo se encontraba en la prisión, pero Filemón oró, y el que tiene en sus manos el universo entero quitó los obstáculos. ¿Hubieran sido quitados esos obstáculos sin la oración? Es posible que sí pero, no obstante, debe animarnos el saber que el que ora también participa en la recompensa, encontrando el sublime gozo de entrar en comunión con Dios mismo, cooperando con Él en el servicio. Este es el privilegio de cada hijo de Dios: el de ser copartícipe con el Señor.

Al ser enseñados a orar por el Señor, desearemos también enseñar a otros.

¡Ora sin cesar! ¡Nunca dejes de orar! Da gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para contigo en Cristo Jesús.

" . . . aparentemente, no parece que hubiera de ser necesario el instar a los cristianos a que oraran, como no hay necesidad de aconsejar a la gente que respire. Sin embargo, es una triste realidad el hecho de que hay cristianos que son negligentes en la plegaria."

Estas palabras de la Introducción nos hacen ya abrir los ojos para percatarnos de la sustancia de esta obra. La oración debe ser otro de los frutos de la presencia del Espíritu Santo en el corazón del cristiano.